





XNT
XIX
116



LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE.

LOS DEPARTAMENTOS DE LA GUERRA

14 ems.

R.43.548



LOS DESPOSADOS

DE LA MUERTE.

POR EL CÉLEBRE

vizconde de Arincourt.

TOMO I.

SEVILLA:

Imprenta de D. José Maria Atienza, calle
de las Serpes, número 5.
1851.



LOS DEPOSITOS

DE LA BIBLIOTECA

DE LA CIUDAD

DE SEVILLA

1851

SEVILLA

Imprenta de D. José María Añena, calle
de las Siervas, número 5.

1851

El Contrabandista.

Bajo el hermoso cielo de Cataluña, en 1811 á cuatro leguas de Tarragona y en la hermosa villa de Reus, vivia la jóven y hermosa Paquita Balcells, hija de un mercader del pais. La revolucion de España y las guerras habian arruinado enteramente á su familia y separado á sus próximos parientes. Huérfana desde antes de haber cumplido diez y ocho años, estaba acostumbrada á los sufrimientos y adversidades, en la edad en que el corazon tiene necesidad de entregarse á los placeres y al amor. Su padre, Francisco Balcells, habia tomado parte contra las tropas francesas y habiendo caido en poder del enemigo, hubiera perecido en la horca, si don Es-

teban de Monserrat, hijo de un rico negociante de la comarca, no hubiese conseguido á fuerza de oro hacerle fugar salvándole como por milagro. Pocos años despues don Esteban, enamorado de las gracias de Paquita, pedia á Francisco la mano de su hija; este, tendido moribundo en el lecho de la muerte, se despedia de su hija dirigiéndole estas solemnes palabras:

—«Te lego á don Esteban. Si has querido á tu padre, sé su mujer.»

Paquita con el rostro inundado de lágrimas, habia respondido á su padre:

—Don Esteban será mi marido.

Y estrechando reconocido la mano de su hija, Balcells dejó de existir.

Acababa de terminar el año de luto; la huérfana de Reus que habia perdido á su madre en la infancia, habiendo quedado sola y sin padres, sintió la necesidad de entregarse cuanto antes á un guia seguro que fuera su apoyo sobre la tierra. Su padre habia escogido este guia y este apoyo: don Esteban de Monserrat. Paquita no podia aspirar á un matrimonio mas feliz y todo

el mundo la daba mil enhorabuenas. Aquel con quien habia prometido casarse, era el mejor de los hombres. No pasaba de los treinta años, era rico y habia recibido buena educacion, tenia una fisonomía muy distinguida, un corazon muy noble, y la profesaba un verdadero amor. Qué mas podia ambicionar?

Porqué pues la jóven catalana dudaba antes de unirse á él y retardaba su boda?

Ay! porque el jóven y hermoso Pedro Valls se habia presentado antes á su mirada. Pedro tenia apenas veinte años; su talle era esbelto y ligero. Sus ojos azules estaban llenos de encanto y poesia. Sus rubios cabellos caian formando hermosos bucles al rededor de su cabeza. Artista, músico y poeta, tenia una voz encantadora á la cual juntaba las inspiraciones del génio. Por la noche, cuando se acompañaba á la guitarra por las afueras de Reus, entregando sus dulces acordes á la brisa embalsamada de los campos de Tarragona, la multitud se reunia en torno de él formando alegres coros que llenaban el ai-

re con sus aclamaciones. Todas las muchachas del país estaban enamoradas del guitarrista.

Monserrat rogaba cada día á Paquita fijase el día de su casamiento; cada día inventaba la jóven algun nuevo pretesto para alejar de sí la ceremonia nupcial. Una mañana cuya noche anterior pasó Paquita entregada á una lucha interior y á sus ocultos sufrimientos, decidida la jóven á poner término á sus dudas, se dirigió al fuerte de Tarragona. Allí vivia un santo eclesiástico al cual ella habia confiado desde su infancia sus mas secretos pensamientos. Se llamaba el padre Manuel; la huérfana desde un año á aquella parte le queria mas todavia; el eclesiástico era tio del guitarrista.

—Padre mio, le dijo la jóven, ya sabe usted que he prometido casarme con don Esteban de Monserrat, pues bien, vengo á confesarle á Vd. que me he consultado durante mucho tiempo y no siento ningun amor por él.

—Hija mia, el amor no es una cosa entera-

mente indispensable. Te disgusta Monserrat?

—No. Admiro su carácter: es bueno, generoso y leal; pero sin embargo, á pesar de todo esto...

—Entiendo hija mia.

—Me comprende Vd., padre mio?

—Amas á otro?

—Creo que sí, padre.

—Y quién es el otro?

—Es su sobrino de Vd., Pedro Valls.

El eclesiástico frunció las cejas, dando señales del mas profundo descontento.

—Paquita Balcells! tú no puedes ser perjura, dijo con voz trémula. Recuerda que tu moribundo padre recibió tu solemne promesa y que ya no te es permitido retractarte de ella. No puedes faltar á tus promesas y debes casarte con Monserrat.

—Padre mio, todavía me falta que hacer á Vd. una confesion. Su sobrino de Vd. me ha visto... me ha hablado...

—Sé lo que vas á añadir. Te ama!

—Así me lo ha dicho, padre.

—Por qué le has escuchado, imprudente?

—Tiene la voz tan dulce y tan tierna pa-

dre mio! Cómo no escucharle? Además, es tan cariñoso, tan fiel...

—Fiel á la música y á la poesía.

—Con todo. Nunca ha faltado á sus promesas.

—Cuando no, así lo promete en sus cantares.

—Oh! padre mio, cuan injusto es Vd. con él. Solo Vd. puede hablar así de Pedro! No le quiere Vd. ni á mí tampoco.

—Niña! contestó el buen padre, precisamente porque os quiero á entrambos, combato vuestros sentimientos. Mi sobrino no posee fortuna alguna. Vivo, y de un carácter ligero é indiferente, aunque tranquilo, afable y cándido, ha dejado el trabajo para dedicarse á la vida de artista y de poeta: con el trabajo, hubiera podido procurarse todos los recursos necesarios, y con el arte y la poesía no encontrará mas que amargos desengaños. Sin techo, sin familia y sin bienes, no necesita mas que aire, perfumes, melodias, independendia y amor. Libre y solo, esto le basta. Pero sería lo bastante si fuese padre y marido? Te lo repito, hija mia, debes casarte con Monserrat.

Paquita volvió à Reus. Cabalgaba tristemente sobre una mula, con el corazon desgarrado y la cabeza baja. Gomez, el feroz Gomez, uno de los piratas de la costa, uno de los contrabandistas mas afamados del pais, se presentó ante ella á la salida de un bosque. Este hombre de estatura colosal, era el enemigo declarado de don Esteban y un apasionado admirador de Paquita. Se habia jurado que Paquita le perteneceria; porque tenia uno de esos caracteres indomables que para lograr sus fines no se detienen ante ningun obstáculo, y no retroceden ante el crimen.

Luis Gomez iba montado sobre un caballo andaluz cuya brida estaba guarnecida de borlas de seda. Sus cabellos negros brillaban rizados bajo su gorro catalan. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul bordada de oro, unos botines de cuero entreabiertos por la pantorrilla. Una manta de lana encarnada y formando unos cuadros colgaba de su hombro izquierdo. Cubria su lábio superior un espeso bigote y llevaba en la cintura un par de pistolas.

Tenia la frente muy ancha y la mirada de águila; sin embargo, aunque tenia una parte de su rostro casi hermosa, el conjunto formaba una fisonomia que causaba mas bien terror que admiracion.

— Paquita! dijo el contrabandista procurando dar á su voz de estertor un tono casi dulce y mirándola con ojos tiernos, vuelve V. de Tarragona? Se arman allí los fuertes, no es verdad?

—Segun parece, se acerca el ejército francés, respondió la jóven.

—Si y en Tarragona se verán sitiados por una fuerza formidable.

—Felizmente está allí la flota inglesa, Sr. Gomez; y dicen que la ciudad es inespugnable.

—Pues mienten. La ciudad será tomada.

—Espantosas son esas palabras.

—Ya sé que solo la inspiro á Vd. miedo. No importa. Debo advertirla porque es necesario el aviso. El enemigo invadirá á Cataluña y no está lejana la hora del peligro para que pueda V. buscar un auxilio,

vale mas el hierro de Gomez que la guitarra de Pedro.

La catalana no respondió al contrabandista y apresuró el paso de su mula.

—Es necesario que calcule usted sobre las actuales circunstancias, añadió el sombrero pirata. Correrán rios de sangre. Ande V. con cuidado, Paquita! No se rechazará al enemigo ni con fandangos ni con boleros; se necesitan para eso sables y fusiles. Necesita Vd. un marido valiente.

—Segun la última voluntad de mi padre, repuso la huérfana de Reus, debo casame con don Esteban de Monserrat.

Paquita! Vd. no ama á ese hombre. Con que, segun parece, lo que la tienta á Vd. es el dinero!... Créame Vd. tampoco podrá efectuarse en Reus la boda de don Esteban; sus riquezas correrian un grave riesgo. El general Suchet, vencedor de Tortosa, llegará dentro tres dias. El futuro esposo de Paquita se verá obligado á refugiarse en Tarragona; su primer triunfo hacia Vd. empezará con una huida vergonzosa.

—Y que hará Vd. entretanto?

—Yo correré por todas partes. Tengo muchos navios en la mar. Por todas partes me presentaré sin ocultarme en ninguna. Yo he nacido en la montaña; tengo voluntad, fuerza y valor. Puedo mucho y nada temo. Ay del que no sepa apreciarme en lo que valgo! Se rechaza mi amor pero pueden hallarse en cambio cara á cara con mi venganza.

Y espoleando su caballo, el contrabandista desapareció.

La huérfana prosiguió su camino; llegó á las puertas de Reus. Apercibió á poca distancia una multitud de jóvenes de ambos sexos, escuchando alegremente al cantor tan apreciado en aquellos contornos. La sonora voz de Pedro Valls cantaba las siguientes coplas:

Hijos bravos de la Iberia,
reine gozo en vuestra alma,
guarda el mar perfecta calma
cómo no gozar así?

Los perfumes de los valles
se esparcen de noche y dia...

la amistad y la armonia
y el amor reinan aquí.

Yo nunca al son de mi lira
quiero cantar la riqueza,
pues yo canto otra grandeza
mas digna de un trovador.

Lejos de grandes ciudades
exentas por mí de encanto,
con mi lira solo canto
independencia y amor.

Pocas semanas habian pasado. Paquita ya no estaba en Reus; las tropas francesas ocupaban esta villa, una de las mas importantes de Cataluña. El general en gefe del ejército de Aragon habia sitiado á Tarragona.

Ninguna inquietud reinaba entre los sitiados. La flota inglesa llevaba á la ciudad abundancia de víveres y de municiones, y parecia que la plaza estaba fuera de todo peligro. La confianza de los tarraconenses rayaba en delirio; mientras el cañon resonaba alrededor de las murallas, los españoles despreciando à sus enemigos daban bailes y conciertos.

Cantaban al ruido del rayo y bailaban al lado del volcan.

En una hermosa mañana de junio, la hermosa paquita Balcells, refugiada en Tarragona con su futuro Monserrat, iba à la catedral. Ornaba su frente una corona virginal y flotaba sobre sus espaldas un velo blanco. Su traje era sencillo y elegante. Aunque cuando en sus labios nacia una hermosa sonrisa, sus miradas estaban llenas de melancolia. Sin embargo, su porte respiraba confianza y serenidad; pero la confianza era triste y la serenidad mezclada de sufrimiento.

Empezó la ceremonia nupcial.

El padre Manuel oficiaba; Paquita, arrodillada al pie del altar, oia confundirse el estallido del cañon con el clamor de las campanas. Agitada por negros presentimientos, dirigia à su alrededor miradas de terror; le parecia que el tio de Pedro Valls tenia una tumba bajo sus pies, que la iglesia estaba cubierta de negro como un profundo subterráneo, y que la muerte y no el amor presidia su casamiento.

Don Esteban estaba á su lado. Su fisonomía, donde brillaban la nobleza de sus sentimientos y la lealtad de su alma, ofrecía la imágen de la dicha. Daba gracias á Dios en su corazón por la compañera que le otorgaba. No lejos de él estaba su hermana; la hermosa Dolores Muñoz. Esta, de edad de veinte y siete años y viuda desde hacia diez y ocho meses, en nada se parecía á su hermano. Cuanto ofrecía Monserrat de calma y de generosidad en todas ocasiones, presentaba Dolores de irascible y apasionada.

El uno estaba dotado de sabiduría y humildad, la otra era implacable y altanera. La viuda de Muñoz tenía sin embargo algun talento y su corazón conocía la justicia. Tenía un valor heróico y susceptible de las mas grandes virtudes como de los errores mas culpables. El esposo que había perdido, rico propietario de los alrededores de Villaseca, le había dejado toda su fortuna. Tenía una riqueza bastante regular y era de una hermosura notable; no la faltaban pues un enjambre de adoradores, aun cuando su

carácter presentaba á veces ciertos rasgos extraños y alarmantes, muchos se disputaban su mano.

Salian los esposos de la iglesia. Un hombre de una estatura atlética se presentó á don Esteban. Sus miradas centelleaban de cólera y furor; separó á los asistentes. Sus movimientos bruscos iban acompañados de amenazas desordenadas.

Era el pirata Gomez.

«Monserrat, le dijo en voz baja é inclinandose al oido del recién casado, yo amaba antes que tú á Paquita. Acabas de pronunciar ante el altar un juramento, yo tambien he jurado; hé aqui mi juramento. «La primera vez que en un lugar secreto, lejos de los hombres, nos encontremos cara á cara, rezarás tu última plegaria.»

Y Gomez se perdió entre la muchedumbre.

Pero aun cuando el pirata pronunció estas palabras á media voz y de manera que solo don Esteban pudiera oirlas; Paquita, si no las habia distintamente oido, las habia perfectamente adivinado. Palideció de nuevo y creció su terror.

Otra persona adivinó también el pensamiento de Gomez en el momento en que este le declaraba en voz baja á su rival: era Dolores Muñoz. Un rayo de indignacion y de furor habia esclarecido su frente como el fulgor de una tempestad. Con el movimiento que hicieron sus lábios, hubiera sido fácil creer que hablaba; pero ningun sonido habia salido de ellos.

Entrados ya en la casa de Monserrat, en uno de los mejores barrios de la ciudad, Dolores y su cuñada se habian retirado por un momento á su habitacion; la viuda Muñoz parecia estar violentamente agitada.

—Voy á partir para Villaseca, dijo á la recien casada, quiero salir esta noche de Tarragona.

—Qué dices, hermana mia. Vas á esponerte á graves peligros.

—Paquita, los peligros me gustan.

—El enemigo rodea las murallas. Cómo saldrás de la ciudad?

—Por la parte del mar, por el puerto. Tengo una barca de pescador; me conducirá á lo largo de las orillas del Salou, hasta las

ruinas del castillo de Torenos; desde allí en poco tiempo estaré en mi casa.

—Pero esas ruinas estan infestadas de contrabandistas. Tendrás al menos quien te acompañe y te defienda.

—Sí, hermana mia, un bello muchacho.

—Cómo se llama?

—Pedro Valls.

Paquita se apoyó contra un mueble; sintió flaquear sus piernas y oprimirsele el corazón; el nombre de Pedro Valls habia pasado allí como un hierro candente sobre una llaga mal cicatrizada.

—Pobre niña! la dijo su cuñada al verla llorar; tú le has amado á ese Pedro, y le quieres aun, lo que es peor. Yo no te hablabá de él, y sin embargo hacia ya mucho tiempo que lo sabia. Cuánta resignacion has necesitado! Tu corazón pertenece al guitarrista, y sin embargo te has casado con Monserrat.

—Me lo echas en cara quizás?

—No, pero te compadezco, Paquita. Oh! yo no hubiera renunciado así el objeto de mi amor! hubiera preferido la muerte.

La recién casada lloraba amargamente.

—Si yo supiera llorar, te imitaria, añadió la viuda Muñoz, porque yo sufro también mucho. Yo devoro mi dolor y esto me le hace sentir más.

—Es posible, hermana mía?

—Vas á juzgarlo por tí misma. Amo hace ya mucho tiempo, no con ese amor tímido y tembloroso, que semejante al tuyo, cede á la voz del deber y á la autoridad de la razón, sino con una de esas ardientes pasiones que no reconocen dueño y no soportan ningún freno. Se mezclan en él, querrás creerlo? la rabia y la desesperación, porque amo y no soy amada. Tu suerte es menos espantosa que la mía: lloras pero eres llorada...

La huérfana de Reus, con la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció un momento inmóvil. Luego, levantando su pálida frente, adornada aun con su corona virginal, balbuceó estas palabras:

—Y Pedro Valls será tu guía?

—Me confío á sus cuidados.

—Está pues bajo los muros de la ciudad?

—Estaba quizás en la iglesia.

—Allí he visto á Gomez.

—Yo tambien. Ha hablado á Monserrat. Has oido lo que le ha dicho?

Paquita se estremeci6 y cay6.

—Ese tambien te ha amado, prosigui6 Dolores con acento amargo y sard6nico; has rehusado la mano del feroz contrabandista; su amor te causaba miedo. Sin embargo es un hombre de m6rito; es un valiente. Se citan de 6l acciones magnánimas y mas de una tierna paloma ha deseado verse acosada por ese buitre.

Don Esteban que buscaba á su compa \tilde{n} era; interrumpi6 con su presencia la conversacion de las dos hermanas. Su rostro, ordinariamente sereno, estaba alterado por una visible inquietud.

—C6mo, Dolores, vas á dejarnos? dijo á la viuda Mu \tilde{n} oz. Cometes una imprudencia muy grande. Los franceses se han apoderado de Villaseca y vas á caer entre sus manos.

Presumo que no son los franceses unos fieras, respondi6 friamente Dolores. Adem \tilde{a} s, cuando he tomado una resoluci6n, nun-

ca retrocedo ante ningun obstáculo, la barca de Pedro me está esperando.

—Su barca y su guitarra sin duda, respondió Monserrat con aire socarrón. Eso cambia enteramente la conversacion; ya no es un viaje penoso y una travesía fatigosa; es la música en medio del mar, con la compañía del poeta á la moda, es una noche de encantos y de ensueños pasada entre el ruido de las olas y á la luz de las estrellas.

—Ya no insisto para que te quedes. Dios te guie, hermana mia.

—Ruega por tí hermano; yo me aparto del peligro, y el trueno retumba sobre vuestras cabezas amenazando tempestad.

La profecía de la viuda Muñoz no tardó en cumplirse. Pocos dias despues del casamiento de Paquita, una alarma general se estendia por todo Tarragona. Habiau abierto una trinchera en las murallas de la ciudad y se habian apoderado los franceses del fuerte del Olivo. La artilleria del enemigo desmoronaba poco á poco la orgullosa ciudadela. Habian hecho una brecha practicable y la

flota inglesa, previendo un desastre, aparejándose ya para hacerse á la vela. (1)

El general en jefe, *Suchet*, despues mariscal de Francia y duque de la Albufera, intimó la rendicion á los sitiados. Les anuncia formalmente en su proclama, «que si la ciudad se toma por asalto, no se dara cuartel á nadie y que si Tarragona es tomada por la fuerza entregarán la ciudad durante tres dias al saqueo y al pillaje. Soldados, mujeres, niños y ancianos, todo será pasado á cuchillo.»

Inútiles tentativas! los tarraconenses, negándose á la capitulacion, respondian con insultos y desafiando á los parlamentarios franceses. Se complacian aumentando el furor de las tropas de *Suchet*; nada omitian para perderse. Se dió la señal terrible; los sitiadores estaban ya en la brecha y retumba por todas partes la llamada general.

—Esteban! exclamó Paquita desde el fon-

(1) El autor que estaba en el famoso sitio de Tarragona, vió la mayor parte de lo que cuenta.

do de su habitacion, se ha dirigido un asalto general contra la ciudad. Qué gritos, Dios mio!... Escucha! el enemigo triunfa.

—Es verdad!... se oye resonar el fúnebre clamor de una campanilla!

—Montserrat, estamos perdidos!

—Tomada ya la ciudadela!... y en la vigilia de San Pedro, nuestro santo patron!... No, Paquita, es imposible!

—Y tres dias de pillaje!... añadió la catalana horrorizada; nos matarán á todos, esos bárbaros!

Los clamores iban en aumento. El asalto habia dado un buen écsito á los sitiadores, la escuadra inglesa se escapaba; el saqueo de Tarragona autorizado por la bárbara ley de guerra iba á terrorizar la España.

Los franceses, cayendo desde lo alto de las murallas sobre su presa, todo lo pasaban á cuchillo. La ciudad, entregada á su furor vengativo, estaba entregada á sangre y fuego durante tres dias. Nada de perdon, nada de piedad. El ángel exterminador gobernaba allí.

—Virgen santa, ten piedad de nosotros!.. decia Paquita apoyando su frente sobre el

duro suelo y abatida por la desesperacion.

Don Esteban levantó á su compañera. La condujo hasta la entrada de un pozo bastante ancho, colocado en medio de un pequeño patio que conducia á su habitacion. Este pozo estaba seco; no se acordaban de haber visto nunca en él una sola gota de agua; sobre el pozo habia una pole de la cual colgaba una cuerda medio rota.

—Qué quieres hacer Monserrat? preguntó la huérfana de Reus.

—Bajemos al fondo del pozo. Ahí abajo hay viveres para tres dias.

—Quien los ha puesto aquí?

—Yo, Paquita.

—Cuando?

—A las primeras señales de alarma. Tenia una cesta preparada; pero no perdamos tiempo; sigueme.

Los dos esposos se dejaron deslizar hasta el fondo del pozo, su única esperanza de salvacion, y luego retiraron la cuerda.

En aquel mismo instante una voz de trueno llamando á Paquita Balcells, resonaba por todos los ángulos de la casa de don Es-

teban; era la voz de Gomez.

El valiente corsario se hallaba en un barco á orilla del mar, cuando los franceses dirigieron el asalto. Su mirada de águila le hizo conocer al instante que Tarragona estaba ya perdida. Persuadido de que el enemigo no respetaria ni edad ni sexo, se dirigió en seguida hacia el puerto y de allí con riesgo de su vida, á la casa de Paquita. Pensó que con valor y audacia podría lograr aun salvar al objeto de su amor antes que la ciudad entera estuviese en poder de los sitiadores. Llevaba un sable para matar al marido, tenia una barca para salvar á la mujer y reunia á su enerjia que de nada le hacia dudar una fuerza que bastaba para todo.

Ya está, pues, en casa de Monserrat. La habitacion está desierta, llama y no le responden. Pierde un tiempo considerable haciendo inútiles pesquisas; en vano trata de descubrir el paradero de los dos esposos. En breve se hacen oír en la calle gritos feroces. Los desgraciados tarraconenses perseguidos por los vencedores, caen por todas

partes bajo el hierro de las bayonetas ó acribillados de balas. Resuenan por el aire los gritos de las mujeres ultrajadas, de los ancianos nadando en sangre y de los niños levantados sobre las bayonetas á guisa de pendón. (1) La muerte estaba á dos pasos de Gomez y los asesinos habian penetrado ya en la casa.

El contrabandista fuera de sí, erraba de un cuarto á otro llamando siempre á Paquita. De repente se ofreció á sus ojos el pozo del patio y una idea repentina le iluminó. «Quizá los esposos estan ahí dentro:» se dijo, y haciendo con las sábanas una cuerda, imitó á don Esteban. Fue como él á buscar bajo las entrañas de la tierra, una esperanza y un refugio. Llegó al fondo del pozo.

Qué momento para la huérfana de Reus! Gomez y Monserrat «se encontraban allí, cara á cara en un lugar secreto y lejos de los hombres.» El inflexible contrabandista recordó al instante, no solamente su juramen-

(1) Echaban á los niños por las ventanas y los recibian abajo con las bayonetas.

to en el altar, si que tambien sus palabras en la iglesia.

Gomez llevaba en la cintura un puñal y dos pistolas: su adversario estaba desarmado.

II.

El pozo del asesinato.

Los franceses con el hierro y la antorcha en la mano, continuaban destruyéndolo todo. La imaginacion retrocede horrorizada delante de las escenas de desolacion que tuvieron lugar alli provocadas por los ultrajes del enemigo. Acababan de pegar fuego á la casa de don Esteban, el resplandor del incendio, penetrando hasta el fondo de la cisterna fatal donde estaba Paquita, iluminaba el rostro de Gomez: sobre aquel rostro, se veia, trazada con líneas de sangre, la muerte de don Esteban.

El pirata habia quitado de antemano las

sábanas, con ayuda de las cuales bajó al pozo para que no descubrieran su refugio á los sitiadores. Luego, acercándose á su rival, puesta la mano sobre el mango de su puñal, iba quizá á herir. Paquita se interpuso entre los dos.

«Gomez, dijo, si se atreve Vd. á atentar contra la vida de mi esposo, pediré socorro ahora mismo. Tiemble Vd. los asesinos están arriba; si llamo, los tres moriremos á un tiempo.

Su resolucion era firme, y hubiera ejecutado su promesa á la menor amenaza del contrabandista.

«He venido para salvarla á Vd., dijo Gomez á media voz; el peligro de Vd. defiende á Monserrat y olvidaré mi venganza.

Se sentó lejos de ella. Sus pesquisas habian sido largas y fatigosas; su frente estaba bañada de un abundante sudor; y obligado á contener su furor, sufría una especie de desorganizacion moral que daba á su mirada fija y magnética un brillo extraño y siniestro. Si Paquita no hubiese estado allí, hubiera ahogado á su rival, aun cuando los

gritos de su víctima hubieran debido perderle á él mismo. Hubiera dado fin voluntariamente á una existencia, por la cual comprendia que jamas la esposa de Monserrat sentiria el mas leve interés. Pero un acto semejante la arrastraba tambien á ella en su abismo y él habia jurado salvarla.

Sus dientes rechinaban de furor. Miraba sus pistolas, hacia salir la mitad de su puñal... y sin embargo, le era forzoso permanecer inactivo!...

Oh! hay momentos en que los hombres fuertes satisfacen su orgullo en medio de los sufrimientos, desafiándoles á combatirles; entouces esas naturalezas de fuego irritadas contra el género humano, sienten un gozo inesplicable al buscar los peligros y la muerte, consolándose de su dolor con su rabia, de su desgracia con su desden; pero en esos momentos quieren gritos, ruido, terror y delirio; Gomez obligado á permanecer silencioso, no tenia á su alrededor mas que frio, noche, inmovilidad, silencio y consternacion.

Muchas horas transcurrieron asi.

El saqueo de Tarragona continuaba. Que horribles angustias!... Paquita acurrucada al lado de su marido, no se atrevia á moverse ni á respirar. La muerte estaba sobre su cabeza, á su lado, en el fondo de su alma, por todas partes. Durante un momento, el sufrimiento y el cansancio habian cerrado sus pupilas... sacudióla cabeza con un horrible estremecimiento. Su sueño hubiera dejado el campo libre al asesinato. Esteban ya no podria resguardarse bajo su mirada, su voz no podria defenderle.

El homicida está velando con el puñal en la mano; Paquita no volverá á dormirse.

Una profunda oscuridad empezaba á estenderse alrededor de las tres víctimas. Hasta entonces y por intervalos, un resto de luz del dia y los reflejos de las llamas habian iluminado opacamente el fondo de la cisterna. Pero ya la noche estendia sobre el cielo su lóbrego manto; disminuia el resplandor de los incendios y la huérfana de Reus se hubiera guardado muy bien de encender una luz aun cuando hubiera podido; hubiera sido una luz delatora.

Monserrat, mas aterrado de la perplejidad de su compañera que por sus peligros personales conservaba una calma impasible. No se atrevia sin embargo, á dirigir una sola palabra á su compañera, ni para consolarla; comprendia que sus acentos llevaban al corazon de su enemigo un nuevo furor; érale pues preciso reprimir todas sus emociones y este conjunto de sentimientos diversos, mas ardientes los unos que los otros le hacian parecer insensible y frio.

Qué noche! qué horas tan largas!... Al nacer la aurora, el encarnizamiento y la devastacion tomaban nuevo incremento en Tarragona. La ciudad estaba abandonada á los soldados exasperados á quienes la sangre, el vino y la victoria aumentaba el frenético delirio. Las iglesias, donde se habia refugiado un resto de la poblacion, fueron teatro de las mayores atrocidades; juntóse el sacrilegio al asesinato. Matábase en medio de las calles y al pié de los altares; se contaban unos treinta mil cadáveres.

Habian pasado doce horas desde la toma
Los desposados de la Muerte. —T. I. 3

de la plaza. Paquita abrió la cesta de provisiones que tenia á su lado.

—Gomez! dijo al contrabandista con voz temblorosa pero firme, aquí hay viveres y vino.

—Quiere Vd. pues conservar mis fuerzas, respondió él con tono lúgubre; ha reflexionado Vd. bien?

—No desea Vd. salvarme? repuso la huérfana de Reus. El pirata aceptó lo que le ofrecia la catalana. La sed le devoraba: bebió.

—Y *él?* preguntó irónicamente señalando con el dedo á Esteban.

—*El!* mas tarde, beba vd.

—Quedaré para mañana?

—*Mañana!* podemos contar siquiera con una hora de vida? Beba Vd.

El pirata apuró la botella como lo deseaba Paquita. Quiso levantarse en seguida para acercarse á Monserrat.

—No se acerque Vd., dijo con miedo; el mas leve ruido puede perdernos.

—Sea así, dijo el tigre, no haré ningun movimiento... Por vida mia, que nunca le

habré dado á Vd. mejor prueba de adhesion é interés; pero en cambio deje Vd. que estreche su mano.

Paquita se la alargó y él la estrechó entre las suyas. No ha renunciado aun á su horrible designio, pero espera. La esposa de Monserrat no puede disimular su inquietud. Gomez puede de un momento á otro sacar el puñal del cinto y herir á su rival. Permanece á su lado en pié y como él, esperaba tambien.

Oh! si, espera tranquila porque ha meditado un plan. El contrabandista ha comido, ha bebido, y se dormira. Gomez ha llegado junto á ellos rendido de fatiga, y debe el sueño apoderarse de él. Paquita le mira y observa.

Efectivamente, ciérranse las pupilas del contrabandista, inclina la cabeza contra las paredes de la cisterna y respira ruidosamente...

Está profundamente dormido.

La huérfana acercándose a él y á tientas pone su plan en ejecucion; arranca suavemente el puñal del cinto del pirata, le quita

las pistolas y le desarma completamente entregando á su marido el hierro y las armas de fuego.

—Gomez queria atentar contra tu vida, ahora está la suya en tus manos.

—No seré yo quien le mate, respondió el generoso español.

—Yo guardo una de sus pistolas, dijo la muger de Esteban.

—Ahora, duerme, dijo Monserrat: nada debemos temer de Gomez. Duerme, Paquita, yo velaré.

La jornada tocaba á su fin. El pirata, arrancado de su sueño profundo por unos clamores espantosos, se levanta y mira. Oh! ha llegado el momento tan temido de los tres! Algunos soldados embriagados se acercan al pozo; uno de ellos ha arrojado dentro una piedra.

—Camaradas! este pozo está seco y bien pudiera alguno haberse metido en él.

—Si es así, muera en su escondrijo, respondieron los hijos de la muerte.

Y descargaron á un tiempo sus fusiles. Las balas silbaban al rededor de los tres

infelices. Afortunadamente no hicieron daño alguno.

El contrabandista, según la costumbre natural en el momento del peligro, llevó la mano á su cinto: dirigióse á Monserrat.

—Traidor, dame mi puñal! exclamó.

—Atrás! respondió Esteban. Si avanzas un solo paso, te hiero con él.

Y su puñal brilló sobre su cabeza.

—Cobarde! exclamó el pirata, desarmas á un hombre que duerme!

—Yo he sido quien lo ha hecho, respondió Paquita enseñándole la pistola que ella se habia quedado.

El contrabandista quiso arrancársela de la mano: iba ya á lograrlo; pero Esteban se adelanta para herirle...

—No, gritó la huérfana deteniendo el brazo á su marido, no quiero que en mi presencia se cometa un asesinato: ni tú ni él. Muramos, pero no matemos.

—Ola! exclamó uno de los asesinos de arriba: oigo voces ahí bajo y es espuesto bajar. Alerta, llenemos el pozo.

Los vencedores empezaron á dejar caer

algunos maderos que habia en el patio, y viendo que aquello no le bastaba, corrieron en busca de muebles rotos, puertas hechas pedazos y cuanto les vino á la mano. Todo lo arrojaron por la abertura del pozo y luego le pegaron fuego.

El pozo, estrecho en su orificio, era vasto en el fondo. La forma era poco mas ó menos la de un embudo vuelto al revés. Las victimas españolas podian sustraerse á la caída de los objetos lanzados arrimándose á las paredes. Las mesas, sillas, maderas y cuanto echaban dentro agrupaban alrededor de ellos un monton que sin desmoronarse formaban aquí y allí una especie de bóveda que dejaba paso al aire y á la luz. Los condenados viven aun.

Pero al ver las llamas que empezaban á levantarse en la embocadura de la cisterna y que poco á poco debian bajar hasta el fondo del pozo, Paquita lanzó un grito de horror y desesperacion. La infeliz cayó de rodillas, cruzó sus manos sobre el pecho, balbuceó su última plegaria.

Gomez, á las primeras señales del incen-

dio recorrió el interior del pozo; vió una escavacion que llamó toda su atencion, parecia el conducto de un sumidero. El pirata examina atentamente la estrecha cavidad que tiene tal vez alguna salida subterránea: conserva toda su presencia de ánimo y toda su fuerza de cuerpo. Con uno de los pedazos de madera se forma una palanca con la cual ensancha el conducto salvador, húndense bajo sus repetidos golpes algunas piedras.

Abrese una enorme brecha.

—Ya estamos salvados! esclama.

Una nube de humo espeso empezaba à sofocar à las víctimas. Gomez cogiendo à Paquita con sus brazos vigorosos, la arrastra hácia la escavacion donde ha abierto un camino... Oh fatalidad sin ejemplo! un tizon medio encendido ha pegado fuego á sus vestidos.

Gomez se la lleva desmayada.

.
.
.

Cuántas horas han pasado! ay! quién puede saberlo! La esposa de Monserrat abre

los ojos y se encuentra en unos subterráneos desconocidos. En frente de ella ve una larga galeria; era una calle de tumbas; aquellos lugares son las catacumbas.

El pirata la ha depositado al pie de un mausoleo delante del cual está ardiendo una lámpara. Como se encuentra Paquita en semejante lugar? nada es mas fácil de explicar. La escavacion del pozo comunicaba por medio de un subterráneo de una estension inmensa, con la caverna sepulcral; esta habitacion de los muertos escavada bajo de las principales iglesias de la ciudad, tenia una escalera secreta que subia á los lugares sagrados, saliendo por una puerta escusada de una de las capillas de la nave.

Paquita tendida sobre una piedra fúnebre, tenia quemada una parte de sus vestidos. Gomez, arrodillado á su lado, la contemplaba silenciosamente.

—¿Dónde está? dijo Paquita arrojando una mirada á su alrededor. Responda Vd.; donde esta Monserrat?

—Yo no he pensado mas que es Vd.; respondió friamente el contrabandista.

—Gomez, Esteban hubiera debido seguirnos.

—Efectivamente.

—Ah! no estando con nosotros, ha muerto; Vd. le habrá matado.

—No tenia acaso con que defenderse?

Y el contrabandista sonreia irónicamente.

La pistola que la huérfana habia tenido durante tan largo tiempo entre sus manos, estaba á su lado sobre las baldosas. La tomó, la miró y lanzó una exclamacion de horror.

—Asesino! el arma está descargada!

—Podria Vd. creer que Monserrat?

—Han hecho fuegosobre él y ha sido Vd.

—Qué prueba tiene Vd. de lo que dice?

—Quiere Vd. una prueba? mas de una puedo darle. Su manta entreabierta deja vislumbrar un puñal que yo habia quitado al hombre dormido y que Vd. ha quitado al hombre asesinado.

El furor y la desesperacion de Paquita la volvian medio loca.

—Miserable! añadió. De qué le servirá á Vd. haber cometido ese crimen? Ahora mas

que nunca me horroriza su presencia y mas que nunca.....

—Añada Vd. *amo á Pedro Valls*, dijo el pirata exasperado. Pues bien! ese morirá tambien. Por cada amante un nuevo asesinato. Mi amor no se extinguirá nunca y nunca se cansará mi puñal. Veamos en qué para la lucha.

—Gomez, quiero ver á mi marido, repuso Paquita levantándose pálida y con el cabello desgredado, semejante á una siniestra vision. Donde está su cadáver? Quiero darle mi último adios.

Tomando la lámpara del mausoleo mientras pronunciaba estas palabras se dirigió hacia el subterráneo que conducia al pozo del asesinato. El contrabandista no se opuso á su marcha. La sigue en silencio y con la cabeza inclinada. Preséntanse á los ojos de la huérfana una infinidad de galerias y nada le indica el camino que debe escojer. Unicamente hay una de la cual sale un olor ahumado, y escoje aquella entre las demas; pero en aquel mismo instante se hace oír una detonacion horrible. El suelo tiembla por to-

das partes; parece que se hundan unas bóvedas.

—No vaya Vd. mas lejos, Paquita! exclamó el pirata aterrado. El subterráneo se hunde.

—Nada te obliga á seguirme, asesino!

—Pero mi amor me fuerza á no abandonarla. Advierta Vd. que si para salvarla es preciso usar de la violencia, la emplearé con este objeto; estoy resuelto.

—Pues yo no quiero retroceder.

Nada respondió Gomez; pero cojiendo entre sus brazos de gigante á la esposa de Monserrat, la levantó como un grano de arena: pocos minutos despues, á pesar de la resistencia que le oponia Paquita, estaba ya otra vez en los subterráneos mortuorios.

—Paquita, exclamó entonces el pirata, no pensemos mas que en la salvacion; aquí no hay provision alguna, pues las hemos dejado en la cisterna. He contribuido en parte en la caida de esas paredes, hiriéndolas con mi palanca, cuando ya apenas permanecian en pié. Ahora la muerte puede atacarnos por diferentes estilos; sepamos combatir

contra ella; es preciso que escapemos de ella.

—Teme Vd. el hambre, Gomez? Máteme Vd. con su puñal. El tigre se alimenta de sangre.

—Siempre insultos! no importa. Yo la salvaré á pesar suyo.

—Como?

—Buscaré un medio. Debe haber aquí mas de una salida. El subterráneo no puede haberse hundido por muchos puntos á la vez. Voy por esta parte en busca de una salida. Debe haber una escalera y estoy seguro de esto; estamos debajo de una iglesia. Me promete Vd. esperarme?

—No, respondió secamente Paquita.

—Trata Vd. de llevarme al extremo y acudiré á la fuerza.

El contrabandista se desembarazó de su manta, la rasgó con el puñal en diferentes pedazos, y ató con ella á Paquita á una columna del mausoleo. Esclava y cautiva, permanecia allí sin esperanza de socorro. El pirata se alejó.

La huérfana de Reus sentia desfallecer

poco á poco sus fuerzas físicas y morales. Un frío glacial corría por todos sus miembros. La imagen de Esteban, asesinado por Gomez se presentaba constante á su espíritu y ante los horrores del pasado al cual se juntaban las amenazas del porvenir, formaba en su cérebro uno de esos vacíos espantosos que ocasionan ordinariamente un principio de demencia: era un punto misto entre la angustia y la insensibilidad, entre el ser y la nada. Quería rogar, pero no podía arrodillarse ni juntar las manos; sus palabras espiraban en sus lábios y su alma ya no podía pensar.

De repente, un ruido extraordinario hirió sus oídos. Asemajábase al ruido que hace una piedra cuando se rompe; luego oyó un gemido lastimero; este suspiro salía del mausoleo donde Gomez habia atado á su víctima. Que será? Será la muerte que se acerca ó una horrible vision?... Dios mio! qué grito es este?

—Paquita!

Un hombre se acerca á la huérfana; corta los pedazos de la manta que la sujetan,

la llama con los mas tiernos nombres y se embriaga entregándose á su dicha. Paquita no se atreve á creer lo que ve: se figura que un primer acceso de locura se ha apoderado de sus sentidos. Cierra los ojos para conservar todo el tiempo posible la ilusion grata que llena su alma de placer y con voz conmovida pronuncia estas palabras:

—Pedro Valls!

En efecto, era el jóven guitarrista: pero, por qué casualidad se hallaba alli? Cómo habia llegado á aquellos lugares?... El rostro de la jóven, donde estaban pintados el reconocimiento y la esperanza, cambió de repente espresando el miedo y la inquietud. Gomez, armado con su puñal va á volver de un momento á otro; reconocerá á su rival, y Paquita se acuerda de las palabras pronunciadas hacia un momento por el pirata hablando de Pedro Valls.

—Tú le amas y morirá tambien. Por cada amante un nuevo asesinato.

Pedro Valls estaba á sus pies y calentaba entre sus manos las heladas manos de Paquita: le hablaba con las espresiones mas

respetuosas que ofrece un verdadero amor, del modo mas tierno y mas interesante. Paquita le miraba y le escuchaba con el éxtasis del mas profundo placer turbado á veces por los estremecimientos del terror. Cuántos sufrimientos pasaba! pero en cambio, cuánto gozaba tambien!

El guitarrista habia conducido á Dolores á las ruinas de Torenos en la barca del pescador. Desde allí volvió á Tarragona en el momento en que los franceses enarbolaban vencedores su bandera sobre las murallas. Sin poder presumir que la ciudad iba á ser entregada á sangre y fuego, corrió hácia la casa de su tio. El padre Manuel estaba en la iglesia. Los vencedores se estendian ya por los ángulos de la ciudad allanando todas las casas. Pedro Valls perseguido de ellos, logró escaparse y entrar en la iglesia donde se habia refugiado su tio. Ay! el eclesiástico á quien una bala habia herido en el pecho estaba pálido, ensangrentado, moribundo. Apenas habia podido arrastrarse hasta el pie de los altares del Señor; allí queria morir.

Pedro Valls, criado por el padre Manuel y conociendo todos los secretos escondrijos de la iglesia, se acordó del subterráneo fúnebre donde tantas veces habia acompañado á su tio; conoce la salida secreta del subterráneo y baja al eclesiástico. Nadie les ha visto salir, el cielo les ha protegido.

Pero el ministro del Señor está gravemente herido. El jóven no puede hacer mas que estancar la sangre que mana de la herida, y esta, siendo mal curada, puede llegar á ser mortal.

Pedro vestido de viaje y segun su costumbre, de artista, llevaba como los antiguos trovadores un paquete de ropa colgado en sus espaldas. Este dia le habia provisto de viveres; la Providencia vela siempre por nosotros! Pero podian descubrir el pasadizo que conducia al subterráneo, y allí como en cualquiera otra parte, serian horriblemente asesinados. El padre Manuel se acuerda de que en el mausoleo del subterráneo hay una puerta apenas visible que da á un cuarto oscuro que forma la tumba de un grande de España. En caso de apuro,

seria un nuevo refugio. El ruido de los pasos del contrabandista habia obligado á Pedro Valls á retirarse en aquel cuarto con el infeliz herido. Ay! el pobre eclesiástico tocaba ya á su hora postrera y sus gemidos fueron los que resonaron en el mausoleo, cuando Pedro abriendo la puerta de su escondrijo vió á Paquita.

Acababa de dar á la jóven todos estos detalles, cuando nuevos clamores y tiros de fusil resonaron á corta distancia de ellos.

—Dios mio! exclamó la jóven: ya están en la escalera de la iglesia y ha sido descubierta la puerta secreta.

—Ah! Gomez nos habrá perdido, exclamó la huérfana de Reus; buscaba la salida de subterráneo y nos habrá hecho descubrir!

Se oyen nuevos gritos y nuevas detonaciones.

—¿Los oye Vd., Paquita? los asesinos se acercan. Venga Vd.

—Dónde?

—Bajo la bóveda de un sepulcro.

—Solos?

Los desposados de la Muerte. — I. I. — 4

—Con un eclesiástico y la muerte.

—Juntos?

—Con el amor de Dios.

En aquel mismo instante tenia lugar una horrible lucha en la entrada de los subterráneos. El pirata, armado completamente, disputaba el paso con toda la fuerza de su audacia, á unos cuantos soldados embriagados de sangre. Desgraciadamente algunas balas le habian herido: el leon rugidor empezaba á sentir la debilidad de sus piernas y apenas veia ya. No importa, continuaba hiriendo siempre. Retrocede rechazando, sucumbe; pero mata.

La entrada del subterráneo es forzada; Gomez ya no tiene mas que pistolas descargadas y la hoja de su puñal. Rechazado hasta el mausoleo donde habia dejado á la esposa de Monserrat, se acerca á la columna donde creia encontrarla.

—Paquita! esclama el pirata.

Mira y busca por todas partes inútilmente.

La sangre corre á borbotones por sus heridas.

—Paquita! repite con voz apagada.

Se apoya contra el mausoleo; su mano, colocada por casualidad sobre un trofeo de armas encuentra por acaso una espada antigua.

—Paquita! repite á su vez un soldado furioso acercándose á él para herirle; es tu querida!

—Tu muerte!

Y con la espada de la tumba, el contrabandista sigue matando.

III.

El paño mortuorio.

Sentada sobre un ataud de plomo, dentro de un espacio cuadrado de siete ú ocho pies; sin luz y sin aire, Paquita respiraba apenas. Qué cuadro! qué situacion! El tio de Pedro Valls, tendido en un ricon, no tenia ya mas que pocos instantes de vida, su mirada se dirigia meláncolica sobre la huérfana de Reus.

—Oh padre mio! exclamaba Paquita, debia esperarme encontrarle á Vd. en este estado?

—Silencio! dijo Pedro Valls; no es esa la voz de Gomez?

— Si. Le persiguen y me llama.

— Sin duda por la última vez.

— Pedro! ni una voz siquiera dirige hácia el Señor. Padre mio, ruegue Vd. por él!

El eclesiástico cruzó las manos sobre su pecho.

— Ya no se oye nada, añadió el jóven. Gomez ha cesado de combatir.

— Habrá dejado de existir, respondió Paquita.

Una lámpara iluminaba el cuarto donde la esposa de Monserrat, fria como la bóveda de mármol redondeada sobre su cabeza; esperaba su última hora. El alegre guitarrista, el cantor de los juegos y de los placeres, no demostraba ya ni gozo ni alegría. Su palidez era espantosa. En vano reprimia sus sufrimientos; su fisonomía los dejaba traslucir á pesar de sus esfuerzos para ocultarlos. Solo el eclesiástico parecia estar tranquilo.

— Pobres niños! murmuraba.

— Padre mio! le dijo Paquita. Vd. me ordenó casarme con don Esteban: Vd. sabe le obedecí. Pues bien, don Esteban ya no existe, y le contó las escenas del pozo.

—Ahora, añadió el jóven artista, la pobre viuda se halla sin apoyo; procúrele Vd. otro, tío mio.

Paquita se arrodilló llorando.

«Padre mio, bendíganos Vd.

Los dos prosternados á los pies del ministro del Señor y enlazando sus manos con toda la inocencia de sus corazones, no conservaban en medio de la horrorosa situacion que les rodeaba, mas que ideas confusas, vagos recuerdos y una imaginacion turbada. Les parecia que la tumba en donde se habian encerrado, les habia en cierto modo transportado á una esfera donde el pasado habia desaparecido para siempre con todos sus acontecimientos, con todos sus lazos y con todos sus dolores; que el saqueo de Tarragona habia llegado para ellos como el último dia del mundo y que regenerados, si asi puede decirse, por el soplo de la muerte, podian, socorridos por una bendicion del Señor, empezar libres y puros una vida nueva y sin mancha.

El eclesiástico dudaba para darles una respuesta.

—Bendíganos Vd! repetía Pedro con voz suplicante.

La huérfana llevaba en un dedo su anillo nupcial; Pedro le arrancó de su dedo con mucha suavidad y colocó en su lugar el suyo.

Este cambio rápido y misterioso se hizo en un momento de locura y sin voluntad positiva, sin intención casi. No están persuadidos de que se casan, pero creen que se prometen uno á otro y que serán sagrados sus labios.

El eclesiástico tiende sus manos sobre sus cabezas.

«Hijos míos, dijo con voz desfallecida, Dios os bendiga como yo os bendigo!...»

No pudo concluir. Su lengua se traba y se hiela. Cae... ya no existe!

—Muerto! esclama Pedro Valls tratando de levantarlo.

—No tardaremos en seguirle, añade Paquita consternada.

El jóven, inclinado sobre el cuerpo de su tío, observaba atentamente si efectivamente había dejado de existir.

—Ya se acabó! dijo acercándose á Paquita despues de haber cerrado los ojos á su tio; ya nos ha abandonado sobre la tierra y va al cielo á rogar por nosotros.

—Nos espera, dijo Paquita, con los ojos fijos sobre la lámpara, que no arrojando mas que una luz moribunda, parecia pronta á apagarse.

—Paquita, no moriremos, replicó el jóven. Mi tio nos ha unido y desde el cielo velará por nosotros. Aunque en medio de los sufrimientos, me parece sin embargo que anima mi corazon una secreta esperanza; tengo tu anillo y tu tienes el mio; el cambio se ha efectuado á los pies de un eclesiástico que nos ha bendecido con las palabras doblemente sagradas de la religion y de la muerte. La última voluntad del ministro de Dios era entregarte á mi. Cúmplase su santa voluntad.

—Mas tarde, Pedro, respondió Paquita; antes que eso son las lágrimas que debo derramar por Monserrat. Ay! mira lo que nos rodea, un ataud, la muerte y las tinieblas.

—Si, pero se oponen á estos objetos, la

esperanza, la confianza y el amor.

—El amor? aqui!

—Como por todas partes.

Una vaga sonrisa á la que dieron paso los lábios de Paquita, probaba la verdad de las palabras que Pedro acababa de pronunciar. Oh! la religion y el amor! dónde no penetran estas dos potencias? cuán fuertes son cuando su llama es verdadera! Sea cual fuere la posicion, el mortal las ve llegar entrambas en su socorro: la una, en esta tierra, ilumina la muerte, la otra la vida.

Un largo silencio ha seguido á sus últimas palabras; pero ya no era el descanso de la consternacion; las miradas apasionadas de Pedro tranquilizaban á Paquita. El sufrimiento habia retrocedido ante el amor. Es verdad que el peligro les rodeaba aun, pero era mútuo su peligro, y uniéndolos aun mas uno á otro, prestaba un encanto al terror. Juntos participaban de sus males. Para ellos no habia mas que ellos sobre la tierra. Abandonados en el fondo de una bóveda, estaban alli como separados de la especie humana, privados de las cosas de la vida,

muertos para el sol, para la naturaleza, para el aire y para las flores; y sin embargo ni el uno ni el otro se abandonan á un profundo pesar: aunque dos en la desgracia, no eran mas que uno para el amor.

—Pedro! exclamó Paquita, la lámpara ya no arde.

—Fuera de aquí hay otra.

—Podemos ir por ella?

—Creo que sí.

—No hay nadie en el subterráneo?

—Ningun ruido se deja oír.

—Vas á salir?

—Es preciso.

El sobrino del padre Manuel hace girar suavemente la puerta del mausoleo. Mira hácia fuera y no hay lámpara alguna; ha desaparecido. La galeria está en la mas profunda oscuridad. Trata de andar... se adelanta...

Sus pies nadan en sangre.

Vuelve al lado de su compañera y trata de reanimar la poca luz que le queda sin desesperarse por esto. Ha tomado otra resolución.

—Dejemos estos lugares! sígueme.

—Dónde?

—Donde Dios quiera conducirnos.

—Vamos.

Antes de salir del mausoleo, Pedro quiere dirigir una última prueba de ternura y tristeza á los despojos mortales de su tío. Se arrodilla á su lado, imprime sus lábios en la helada frente del anciano y murmura en voz baja:

—Adios!

Luego se levanta mas resuelto y animado. Toma á Paquita de la mano y carga con su lio, y apenas alumbrado por la moribunda luz de la lámpara, abandona aquella fúnebre morada.

—Es el primer viaje que emprendemos juntos, dice el mancebo.

—Si, y empieza entre tinieblas!

—Pero llegaremos á la luz del sol. Nuestro viaje está en oposicion con la vida humana... que empieza por la luz y acaba con las tinieblas.

La serenidad de Pedro reanimaba el valor de su compañera. Paquita sentia sus pies

helados por la humedad del suelo que pisaba. Se detiene...

—Pedro, exclama, sería esa sangre la de Gomez? Está aquí su cadáver?

—Probablemente; se han llevado la lámpara que ardía ante el mausoleo.

—Pedro!... Pedro!... la nuestra se apaga. Lanzó un grito de terror.

Los rodeaba la mas profunda oscuridad.

La esposa de don Esteban se arrima al jóven. Este la enlaza con sus brazos y la consuela estrechándola contra su corazón: no se ven; pero se oyen, se tocan, se sienten el uno al lado del otro, y conservan así su valor.

—La oscuridad nos rodea, dice Pedro, pero no nos separa. Además, no se hace ningún viaje que no tenga también sus noches y que no presente obstáculos; pero se continúa el viaje; se anda mas lentamente pero se anda.

—No tienes miedo?

—Ninguno, y si tuviese mi guitarra...

—Qué harías?

—Cantaría en medio de la oscuridad y

haría brillar las sombras. Una lira es una antorcha.

Las poéticas espresiones del jóven artista lograban su objeto. Su alegría secaba las lágrimas de Paquita que le escuchaba admirada; se abandonaba toda entera á él.

Tropezó contra su banco de piedra pegado á una de las paredes del subterráneo, y el golpe la obligó á sentarse.

—Dónde estamos? preguntó.

—En el extremo del pasadizo que conduce á la escalera de la iglesia; este banco me sirve de guia.

—Subiremos la escalera?

—Probaremos.

—Quizás nos descubrirán.

—Es espuesto.

—Esperemos algun tiempo.

—Aquí, Paquita?

—Por qué no? No salgamos tan pronto. En este banco hay lugar para dos; aquí estaremos bien; ademas se siente aquí el aire.

—Yo llevo viveres, Paquita.

—Viveres?

—Sí, en mi lio. Es preciso comer estando en viaje.

—Sí, preparemos nuestra comida.

—La *comida* ó el *almuerzo*, porque ya no sabemos la hora que es; aquí nos falta luz y tiempo.

—Es una existencia diferente de la vida comun, Pedro.

—Sí, pero no deja de tener su mérito; es una existencia llena de interés, de resignación, de confianza y de amor. Quién sabe si cuando la sustituirá la otra existencia, echaremos de menos estos momentos? Yo te juro que me estasio en medio de esta nueva vida, saboreo sus poéticos sufrimientos y me complazco en ellos.

—Pedro, nada temo cuando me hablas.

—Nadie nos importuna aquí, Paquita; estamos á cubierto de la envidia.

—Siéntate.

—Toma algunas frutas.

—Frutas?

—Sí, haremos una comida campestre; no nos falta mas... que la campiña.

—Y los alegres cantos lugareños.

—Para nada los quiero yo. Oigo otros que se elevan del fondo de mi corazón, y son himnos de amor.

—Paquita sonrió otra vez.

—Muchas veces he hecho bien pobres comidas sobre la yerba, decía Pedro Valls riendo.

—Y la hora de los peligros, semejante á las horas de placer, han pasado rápidamente.

—Partiremos ahora? preguntó el jóven.

—Ya! no; esperemos aun.

—Es verdad; que la prudencia nos lo exige; dejemos pasar los dias de matanza.

—Bien pronto habrán cesado. Pedro, el sueño me rinde.

—Entonces, Paquita, te duermes y descansas sin temor!

La jóven se recostó sobre su lecho de piedra: el guitarrista se tendió á los pies del banco; ningun pensamiento culpable hirvió en su alma, recomendó al Señor su querida; y semejante al ángel de la guarda, veló á su lado, rogando secretamente con fé sincera y con todo el fuego de un amor puro.

Un sueño profundo, largo y benéfico, ha-

bia sumergido á Paquita; abrió los ojos y se estremeció.

—Pedro, exclamó, donde estás?

—A tu lado: no sientes tu mano entre las mias?

—Siempre nos rodea la noche!

—El dia acabará por llegar.

—He dormido mucho tiempo?

—Mucho.

—Y tú?

—No lo necesito.

—Cuanto tiempo ha pasado?

—Lo ignoro. Pero, Paquita, presumo que el astro que brilla en este momento sobre el horizonte, es el astro del dia; el instinto me lo hace adivinar.

—Pedro, subimos la escalera?

—Subamos.

La huérfana se levantó; la horrorosa muerte de Monserrat le hacia derramar amargas lágrimas... Sin embargo, sentia en el fondo de su corazon una verdad que le hacia comprender que solo lloraba por deber al marido que el deber le habia impuesto.

Pedro y Paquita continúan su marcha á tientas. Adelanta lentamente. Delante de ellos se ofrece una escalera de caracol, y empiezan á subirla. El mancebo se detenía amenudo para escuchar si se oía el ruido del pillaje y del asesinato; reinaba el mas profundo silencio.

Llegó á la puerta que daba paso á la iglesia y la abrió con precaucion. Un débil rayo de luz iluminaba el lugar donde estaba colocado. Con qué placer saludaron los dos fugitivos este primer rayo de luz! El primer pensamiento de Paquita fué dar gracias á Dios, luego una mirada de reconocimiento á Pedro. El y Dios ocupaban su alma entera.

Entraron en la iglesia: el sol iluminaba con sus rayos los vidrios de la nave. Pedro se detuvo dejando escapar de su pecho una exclamacion de horror. El templo del Señor estaba cubierto de cadáveres; al pie de los altares se habian cometido crímenes de todo género. Los cadáveres estaban desnudos, ensangrentados, lívidos y mutilados; se

Los desposados de la Muerte.—T. I. 5

escapaba de entre ellos un olor fétido lo mismo que en un campo de batalla, nada faltaba allí, ni las aves de rapiña. Bajo aquellos arcos acribillados de balas y á lo largo de los vidrios rotos, allí donde habia rugido el tigre silbaba actualmente el buitre. Algunos perros abrevados de sangre, ahullaban al lado de los cadáveres. El templo era una vasta carnicería.

Pedro retrocedió cubriéndose los ojos con las manos para no ver semejante espectáculo. Los cabellos de Paquita se herizaron sobre su frente. Obligados á abrirse un camino por entre los cadáveres que yácian tendidos á derecha é izquierda, andaban por allí horrorizados sin poder persuadirse de que lo que se ofrecia á sus ojos era la realidad. Se creia presa de una terrible pesadilla; llegaron á la puerta de la iglesia y la entreabrieron cuidadosamente. Cielos! unos cuantos hombres armados, teñidas sus manos en sangre, atravesaban la plaza.

El jóven, viendo que se dirigian hácia ellos, cogió el brazo de su compañera y la hizo arrinconar á la pared donde habia un

nicho abierto. Dentro del nicho percibieron una especie de ropage negro y se cubrió con él, cubrieron igualmente á Paquita. Entrambos envueltos en el paño mortuorio, se tendieron entre los cadáveres y sobre la sangre, rodeados de escombros de sillas, de imágenes santas hechas pedazos, de huesos esparcidos y de reliquias desconocidas.

—Me pareció haber visto abrirse esta puerta, dijo uno de los soldados desde el umbral entrando con sable en mano en la iglesia y tambaleándose á cada paso.

—Te quedan ojos todavía? respondió uno de sus camaradas embriagados como él. A mi me faltan ya las piernas.

—Toma! has vaciado tantos toneles!

—Y tú?

—Yo he hecho en cambio otras cosas que no me atrevo á contar, á fé mia. En tiempo de tranquilidad, hubiera sido lo suficiente para que me hubiesen colgado del cuello dos ó tres docenas de argollas. En mi vida podré olvidar á las bellas de Tarragona. Toma! como que el enemigo nos incitó con sus insolentes desafíos! sobre todo,

habia perdido el juicio.

—Lo has tenido alguna vez?

—Cállate, ó te rompo la cabeza.

—Ola! sargento Matarin, exclamó un viejo granadero dirigiendose al gefe de la tropa: qué es aquel gran paño negro que parece menearse en aquel rincon? Dale un bayonetazo.

—Para qué: Ya nada queda que matar. Ademas, tengo bastante ya, demasiado.

—Parece que hay dos cuerpos envueltos en él.

—En este caso, mal envoltorio tendrían.

—Qué crees que és, camarada?

—Algunos desposados de la muerte!

—Desposados de la muerte! Magnífica idea! Hay ciertas palabras que no pueden olvidarse, sargento. Siempre asaltas las librerías.

—Mas vale así que asaltar siempre bodegas.

—Si no hubiese hecho mas que romper toneles, pase, respondió el granadero, pero he hecho mas que esto; á proposito no me

gusta estar en esta iglesia; aqui he roto en dos pedazos á una muchacha que un oficial queria disputarse conmigo. *Tú tambien la quieres, teniente!*» le he dicho desenvainando mi sable; *en este caso partiremos!*» Y de un reves he llevado á cabo mi promesa. (1).

(1) Estos detalles son históricos; el autor los recogió en la misma ciudad.

IV.

La posada de los bandidos.

—Es singular, dijo Matarin. Habian tratado de incendiar todos los muebles que se habian echado en este pozo y no lo consiguieron, el fuego se apagó en la entrada del pozo y no lograron su objeto.

—El cuerpo de Monserrat debe estar en él, exclamó Pedro; quiero bajar á asegurarme por mi mismo.

—Baja! yo te acompañaré.

En efecto, fuese que no habian querido arder los toneles medio llenos que echaron al pozo, ó que la falta de aire y la hume-

dad le hubiesen apagado, el incendio interior no se habia verificado; se habia inundado de humo y nada mas.

Matarin y Pedro se proveyeron de una lámpara. No necesitan cuerda alguna para bajar á él. Se dejaron deslizar con precaucion al través de los muebles y de los toneles que forman una especie de escalera y entre los cuales es fácil abrirse camino. Llegaron al fondo del pozo.

Allí, en medio de un espacio, descubrieron la brecha por la cual habian pasado el pirata y la huérfana. Pero dónde está el cuerpo de Esteban? El suelo está teñido de sangre; no encuentran nada mas. Monserrat, despues de haber caido traspasado por el puñal de su rival, quizá tuvo fuerzas para tratar de seguir á su mujer.

Pedro se acerca á la escavacion; la muralla, minada ya por el tiempo, se habia hundido á poca distancia. La palanca de Gomez y la caída de algunas piedras habian bastado para ocasionar la catástrofe del subterráneo. En el fondo se han hundido tambien las bóvedas y está obstruido el paso.

El sobrino del padre Manuel se acuerda que desde el subterráneo donde había llevado á su tío, había oído el ruido terrible del hundimiento que detuvo á Paquita cuando iba en busca de su marido asesinado. Ya no le quedaba ninguna duda; el cuerpo de don Esteban había quedado sepultado bajo los escombros del subterráneo; era imposible hallarle y fueron inútiles toda clase de pesquisas.

El sargento y el jóven dieron otra vuelta por la cisterna. La cesta de las provisiones de Paquita había desaparecido.

Oh! nuevas sorpresas! La catástrofe había descubierto nuevas escavaciones en las paredes; son estrechas y profundas. Dónde conducían? Hubiera sido una imprudencia esponerse, porque á cada paso caían nuevas piedras por allí dentro. Pedro y su compañero salieron del pozo sin que sus pesquisas obtuvieran el menor resultado. Estaban desconsolados por la inutilidad de sus pesquisas.

—Mañana salgo de Tarragona; dijo Pedro al sargento, esta noche nos separaremos

y quizás para siempre. Gracias por cuanto has hecho por mí!...

—He sido tan malo para otros, respondió tristemente Matarin, que necesito recompensar mis malas obras con acciones de humanidad. Sabes, Pedro que cuando recuerdo mi pasado, se me herizan los cabellos? No importa, si algun dia vuelvo á mi pais y á mi casa, yo te prometo ser un hombre de bien; viviré siempre al lado de mi mujer y de mis hijos cuando los tenga, y solo me trataré con hombres honrados, si los hay aun sobre la tierra. Me entregaré á la agricultura, y el trabajo del campo desvanecerá las sombrías ideas que me persiguen por todas partes. Entonces, y sea dicho entre nosotros, iré todos los domingos á visitar la tumba de mi madre, una pobre mujer que me queria entrañablemente; allí como en mi infancia, donde algunas veces me sacudia si no sabia responder á las preguntas que me hacia del catecismo; allí volveré á rogar á Dios.

—Porqué no empiezas desde ahora?

—Vaya! no dice eso un soldado. No con-

fundamos las cosas, amigo mio: á Dios gracias no me hallo aun en este caso y cada cosa en su lugar. Bueno seria ver á un soldado manso como un cordero, cuando debe ahullar como un lobo. Cuando deje de matar empezaré á orar. Mira, presumo que si escapo de las balas, de las bayonetas, de la metralla, de las calenturas y de los hospitales, cosa á que está continuamente espuesto un soldado, tendré una vejez magnífica.

—Dios te lo concederá; asi lo espero.

—Salúdale de mi parte cuando le dirijas tus plegarias.

Diciendo esto, el soldado francés retorcia orgullosamente su bigote y se creia un profundo pensador; en medio de sus deslices presentes, soñaba en sus futuras virtudes.

Matarin, como se ha visto en el capitulo anterior, presentó al general en gefe la pareja escapada á la matanza de Tarragona. Paquita, segun los deseos del conde Suchet, habia sido recogida por la mujer de un empleado superior.

La señora de Beauvalais se habia encargado generosamente de la esposa de Monserrat; esta habia caido enferma en casa de su bienhechora, de resultas de sus fatigas y sufrimientos; y uno de los mejores médicos del cuartel general estaba encargado de visitarla. Durante este tiempo, Matarin tomando bajo su salvaguardia á Pedro, partia con él sus haberes y no le abandonaba un instante. Pedro le queria como á un hermano.

Tal era el plan que la viuda de Monserrat se proponia seguir ahora. No pudiendo sin cometer una indiscrecion permanecer durante mas tiempo en la casa de su protectora, se habia propuesto volver á Reus con su compañero de infortunio. Allí tomara informes de sus antiguos amigos; quizás encontraria allí alguno de sus parientes escapado á los horrores de la guerra, y allí Dios decidiria de su suerte. Dios, Pedro Valls y el amor.

La vigilia del dia de su marcha, la huérfana habia encargado á Pedro fuese á visitar el Pozo del asesinato para sacar de él

alguna prueba positiva. Ya hemos visto el resultado de la visita.

Pedro habia empleado ademas todos los medios para adquirir alguna noticia fuera de la ciudad; pero una policia severa establecida en las puertas de Tarragona no le hubiera dejado entrar y salir á medida de sus deseos. Nada sabia, pues, de fuera.

Empezaba á organizarse una administracion sábia y regular. Establecíanse comunicaciones de una parte á otra; los caminos no ofrecian ya tanto peligro; el dia de la partida de los dos amantes, la provincia entera gozaba ya del órden; las guerrillas que cubrian aquellos contornos se habian retirado ya.

—Mira como arden esos cadáveres! decía aquel mismo dia el sargento Matarin á uno de los soldados de su cuerpo de guardia señalando las inmensas hogueras que estaban ardiendo y todavia no están calcinados.

—Cuán difícil es reducir á cenizas el cuerpo humano!

—Si, pardiez! á propósito de cenizas, sa-

bes que nuestra guitarra y su llave principal marchan hoy de Tarragona? ¡Pobres muchachos! Dónde irán que estén al abrigo de la pólvora y del plomo? Diablos! su marcha me causa una tristeza inmensa. En su camino van á pasar por delante de esas hogueras que huelen tan mal: quien sabe si en ellas se estarán friendo algunos de sus parientes.

Al pasar por allí, respirarán una verdadera fumigacion de familia!

Ocho hogueras inmensas ardian alrededor de la ciudad, cuatro exteriores y cuatro interiores; desde el último dia del saqueo de Tarragona llevaban allí continuamente montones de cadáveres. Habian creido que aquellos fuegos inmensos les consumiría inmediatamente, alimentados continuamente por madera seca y rociada con espíritu de vino; pero nada de eso sucedia; los cadáveres, que estaban ya en putrefaccion pudieron á penas consumirse; aquellos inmensos braseros que levantaban torbellinos de humo infestado alrededor de la ciudad apenas lograban su objeto. Las hogueras, ya de lejos, ya de cerca,

parecian exhalaciones del infierno. (1)

El sol tocaba ya al fin de su carrera. La mañana habia sido sumamente calorosa, y aquel calor daba á la atmósfera una apariencia de polvo colorado al través de cuyo prisma la naturaleza y los lugares tomaban un aspecto fantástico. Los últimos rayos del sol cubrian el cielo con una púrpura de oro. Las flores esmaltaban las praderas, los pájaros trinaban alegremente entre las ramas. El mar se estendia á lo lejos, tranquilo como un lago de azul. Todo sonreia en el pais vencido excepto el pensamiento de los vencedores, que ardian aun con los recuerdos del espantoso sitio. Ah! la llanura se despeja con mas prontitud despues de una tempestad, que la con-

(1) El autor de este libro que era entonces intendente militar de Cataluña, habia sido encargado de reducir á cenizas los treinta mil cadáveres de Tarragona. No habia entonces bastantes cementerios ni fosos para enterrar tantas víctimas. si no se hubiesen apresurado à quemarlos, la peste se hubiera estendido por la ciudad.

ciencia de los hombres despues del huracan de sus pasiones.

Paquita Balcells y Pedro Valls salian de las puertas de Tarragona. ¡Qué encantadores eran entrambos, entregados á sus esperanzas! Parecíales que por primera vez el mundo se presentaba ante ellos, y que en él encontrarían corazones compasivos como si pertenecieran á ellos, puesto que ya no pertenecian á nadie.

Uno y otro habian quedado sin parientes, sin fortuna, sin medios para vivir y sin familia; no tenian trazado ningun camino para su presente, ningun plan combinado para el porvenir; pero el uno tenia la cándida indiferencia del artista, la otra la dulce confianza de un ángel. Eran la poesia y el amor.

Se lanzaban á la ventura donde les llamaba su destino; para ellos el destino no era la casualidad, era la Providencia. Algunas veces sin embargo traslucian á lo lejos un punto negro sobre el horizonte; pero el sol brillaba á sus ojos al través de la tempestad. Podia la copa de su vi-

da guardar la hiel en el fondo de su vaso, pero sus bordes estaban perfumados y tenían fé en su bebida. Habian conocido los sufrimientos, *caminos santos*, por entre los cuales es preciso pasar para merecer las tierras *prometidas* y las habian atravesado puramente. En fin, hasta del helado soplo que fisica y moralmente se apoderaba de ellos por intervalos, se despedian emanaciones llenas de vida; eran los ardientes rayos de la primavera.

Nunca Paquita habia sido tan fresca y tan hermosa. Su mantilla negra, agitada por el viento, descubria á veces su rostro. Sus ojos grandes, en forma de almendra y sombreados por dos arqueadas cejas, descubrian un brillo admirable de hermosura.

Llevaba en su brazo un cesto pequeño de juncos que formaba todo su equipaje. No habia advertido que alli no tenia con qué vivir y que provisionalmente, nada tenia sobre la tierra. Paquita levantaba los ojos al cielo, miraba en seguida á Pedro, sonreia con el corazou y con los la-

bios; nada mas le pedia á la vida y no envidiaba la suerte de nadie.

Pedro, orgulloso por su parte de ser el único apoyo de Paquita, tarareaba alegres refranes y la ayudaba á andar asi sin cansarse. Semejante al cesto de Paquita, su guitarra era su única fortuna, la llevaba colgada de un palo detras de su espalda y parecia no ambicionar otra cosa.

El porvenir, decia él, debia sonreirles porque le presentaban sus frentes puras, armoniosos ensueños y alegres esperanzas; no eran aquellos escudos poéticos que les ponian á cubierto de las miserias humanas? la dicha está en la imaginacion y á no ser así, no ecsistiria. Qué podian temer de aquellos que desean la grandeza y la riqueza? nada poseian en la tierra, nada, al menos, en apariencia, porque entrambos amantes, aun cuando eran pobres, estaban ricamente dotados; tenian los goces de amor, la confianza y la juventud, la tranquilidad en su conciencia, los dones de la naturaleza, un hermoso cielo y la libertad.

Los desposados de la Muerte.—T. I. 6

Acababan de atravesar el Francolí, ribera ó arroyo que corria á poca distancia de la fortaleza. Pocos dias antes la sangre habia teñido sus aguas; ahora corria limpio y puro como antes, y sus aguas cristalinas reflejaban el azul del firmamento. Entrambos jóvenes andaban mas lentamente que antes. Por qué apresurar sus pasos? Habia acaso alguna persona que aguardase el término de su viaje? No, en ninguna parte los esperaban.

Además, despues de los horrores del sitio de Tarragona, despues de haber estado privados por tan largo tiempo de la verdura y de los paisages, qué dicha tan grande era la de respirar el aire puro de la campiña, apagar su sed en el agua de las fuentes y sentarse á la sombra de los bosques! Con qué placer gozaban de su soledad! Ningun testigo en la naturaleza; ninguna esclavitud en su amor!

Cuán hermoso es participar con el objeto amado de una sensacion feliz! es sobre una misma lira de tiernas modulaciones, una misma nota en dos cuerdas, el mismo can-

to á dos voces diferentes.

—Descansemos sobre estas yerbas, dijo Pedro Valls á Paquita. Cuan hermoso es el sol! Qué perfumes tiene el campo!... Sus bosques están llenos de armonia!... Cuán dulce es vivir y amar!

Las miradas apasionadas del artista causan á la huérfana un ligero estremecimiento. Pedro, su guia y su apoyo, no era su esposo. Siéntase á su lado algo turbada.

—Estos lugares deben inspirarte, respondió ella. Pedro, toca y canta.

Quería salvarse del amante llamando á su socorro al poeta. Pedro hizo vibrar las cuerdas de su guitarra; se acordó de la improvisacion que les habia salvado á su salida del subterráneo y en la habitacion de su tio: repite los mismos acordes, pero varia las palabras y son nuevas palabras mágicas.

Dichoso el que de la guerra
puede el horror evitar,
y alcanza á tocar la tierra
cuando el viento hinchó la mar!

Yo evité desdicha tanta
y escapé á tanto dolor,
canta, lira mia, canta,
las glorias de nuestro amor.

La huérfana de Reus escuchaba entusiasmada. La brisa del mar se deslizaba juguetona entre los rubios y rizados cabellos del jóven poeta. Los rayos del sol atravesando las hojas de los árboles al través de las flores de la música, parecian querer tomar parte á la vez en sus perfumes y en sus melodias.

—Paquita, dijo Pedro Valls acercándose á la jóven, tú tambien me amas, no es verdad?

—Puedes preguntármelo, Pedro?

—Eres mi mujer ante Dios.

Y la estrechaba contra su corazon.

—Todavía no, dijo la jóven rechazándole con una sonrisa de inquietud. Quiero ser tu hermana hasta que un ministro del Señor haya bendecido nuestra union.

—Ya lo ha hecho uno! y lo ha hecho durante las horas mas solemnes de la vida:

era la hora de la eternidad!

—Amigo mio, ya lo sé y tuya soy en el fondo de mi alma. Sin embargo, no basta.

—Pues bien, mañana iremos á la iglesia. Mañana seré tu esposo.

—Pues bien, sé únicamente por ahora mi hermano.

Y la casta mirada de Paquita apoyaba sus palabras.

—Ah! seré todo cuanto debe serse estando á tu lado, respondió entusiasmado el jóven. Crees que quiero perder las ilusiones de mi porvenir, cortando las alas á mi angel? No necesito acaso la atmósfera de tu pureza para saborearme en mis transportes? Crees tú que no debo admirar para amar? Habria amor cuando no habria ya virtud?... No, no quiero cubrir con un velo la pureza de tu cielo: no quiero profanar tu templo. El esperar es una dicha.

Se oyó un ligero ruido. Una mano acababa de separar las ramas que por la parte opuesta por donde se ponía el sol formaban detrás de los amantes un círculo de

verdura. Paquita volvió la cabeza y lanzó un grito de horror.

Una mirada aterradora se había fijado sobre ella, una mirada furiosa y amenazadora. Esta mirada había brillado entre las ramas y había desaparecido. Pareciase á la mirada del basilisco: su brillo siniestro quemaba.

—Dios mio! exclamó la jóven señalando con el dedo hácia el bosque; sálvame, salvémonos! él está aquí!

—Quién?

—Nuestro implacable enemigo; el demonio escapado de los infiernos: Gomez.

—Gomez! exclamó Pedro precipitándose hácia el lugar señalado.

Separó las ramas y nada apercibió. Quiso ir en su busca é internarse en el bosque; su compañera le detuvo aterrada.

—Pedro!.... no me abandones, no te alejes, quédate aquí. Me ha visto y volverá. Oh! donde están nuestros goces, nuestra dicha y nuestros ensueños! Una mirada ha bastado para destruirlos.

No se dejó alucinar por su ecsaltada fan-

tasia!... El jóven trata de alentarla.

—Le he reconocido; es Gomez: repelia Paquita estremeciéndose. Pedro, qué será de nosotros?

—Y aun cuando fuera él! respondió el sobrino del padre Manuel; qué derecho puede tener sobre nosotros?

—El del crimen.

Y levantándose y apoyándose en el brazo de Pedro salió del bosque.

El sol conservaba aun su manto radiante. Sus esplendores huían al través de las nubes lejanas, semejantes á unas rocas de mármol cubiertas de venas de oro y piedras preciosas, tan inmóviles estaban y tan admirablemente delineados sus contornos. El aire estaba lleno de perfumes; el valle no habia perdido ninguno de sus prestigios; sin embargo, todo parecia cambiado. Un rayo del infierno habia brillado sobre el cielo de amor, y el Eden habia desaparecido.

Los amantes continuaban su camino: Paquita ya no sonreía y el terror que la dominaba apenas la permitía andar.

Llegaron á una casa vecina.

—Entremos en esta posada, dijo Pedro á su compañera: hace calor y debes tener sed. Aquí cenaremos.

—Tienes razon, respondió la huérfana.

Sentia necesidad de reparar sus fuerzas.

La posada estaba llena de gente. Pedro condujo á Paquita á un cuarto bajo separado por un tabique de madera de la sala grande donde los arrieros estaban refrescando. Sentóse y Pedro fué á hablar á la posadera.

Muchos hombres estaban hablando en voz baja en un ángulo de la pieza vecina. La huérfana de Reus creyó oír pronunciar su nombre. Se acercó al tabique, aplicó el oído á una de sus rendijas y llegaron á sus oídos estas palabras. El diálogo se hacia con toda rapidez.

—Ya estan aqui.

—Estas seguro?

—Les han visto entrar á los dos.

—Dónde está el gefe?

—Ahi fuera.

—Ha dado ya sus órdenes?

—Sin duda. No se escaparán. Ha tomado ya sus medidas.

—Cuántos somos?

—Unos veinte.

—Es mas de lo que se necesita.

Paquita podia mirar por entre las maderas mal unidas del tabique. Examinó atentamente á los diversos interlocutores. Es probable que son contrabandistas. Su traje era el de los piratas que infestan las costas de Cataluña. Una ferocidad brutal era la sola espresion de su fisionomia. Armados de puñales y pistolas, volvian de una expedicion secreta. El gefe de los bandidos no debia estar lejos y la huérfana le buscaba con los ojos. Su alma le hacia presentir que era Gomez.

La conversacion continuó.

—Ayer fue buena la presa.

—Si, bueno es el oficio, camaradas. Hay botin entre las ruinas.

—Todavía aumentará, así lo espero. Desgraciadamente hay esos malditos franceses que nos interceptan el paso por las calles...

y si llegan á prepararnos una emboscada en la playa...

—No tenemos armas de fuego?

—Ellos tienen la fuerza.

—Nosotros la audacia.

—Parece que el cielo les protege.

—No es muy probable; ni creen en Dios ni en Satanás.

—Cualquiera podría creer que nosotros somos unos verdaderos católicos!

—Yo creo en la Virgen y el día de la Asunción quiero regalarle un hermoso par de castañuelas. Estoy seguro que no dejará de pagarme el regalo.

—Yo solo pido el esterminio de los franceses.

—Y qué dices del rey Pepe? (1)

—Es un ladrón al por mayor y en eso nos aventaja, porque nosotros robamos al por menor; él es el rey de los palacios y nuestro jefe el rey de los subterráneos; la pillería por ambos lados.

—Cual es el mejor, quien el peor?

(1) Así llamaban al hermano de Napoleón.

—Esto depende del gusto de cada uno, camaradas. En España hay dos gobiernos; el rey y el bandido; cada uno tiene sus derechos, el pueblo paga á entrambos.

—Que animal!

—Ha nacido para serlo.

Respondieron á estas palabras con una risotada general. Uno de los bandidos preguntó.

—Donde conduciremos á la chica?

Antes de todo es preciso apoderarse de ella.

—La cosa está como hecha. Somos los amos en la posada.

—Y si pasa gente por la carretera?

—Qué habrá en eso de particular? Los ladrones, buscan como nosotros sus ganancias; ofrece á cincuenta de ellos un beneficio y en breve serán cincuenta bandidos. Cuanta mas gente hay en un camino, mas arriesga el viajero.

—A todo nos responde el pirata.

—Qué hareis de su compañero? Canta muy bien.

—No importa. Dos puñaladas... un hoyo y buenas noches.

—Es lástima; es muy buen mozo,

—Le has oído cantar?

—No, y lo siento.

—También yo.

—Podríamos pedirle un jaleo antes que entone el *de profundis*.

—Sí por cierto; buena es la idea.

—Luego arreglaremos el negocio. Matar no impide reír.

—El jefe ha encargado unos ramilletes.

—Para qué?

—Toma! para su moza. Tiene la intención de adornarla como á la virgen de una iglesia; como que ha recogido ya muchas joyas. Está loco por ella...

—Está el jefe seguro de la posadera?

—Perfectamente seguro. Mariana era hace cuatro ó cinco años la mejor moza del país y nuestro jefe estaba íntimamente relacionado con ella... De modo que llegó á constituirse su dueño. Hace de ella lo que quiere.

—Es su tirano.

— Silencio, ahora llega.

Paquita ahogó un grito de terror y cayó desvanecida sobre el suelo. Gomez, el terrible Gomez acaba de entrar en la sala.

Siguen los contratiempos.

Cómo había podido escapar Gomez á la muerte en el subterráneo de la iglesia? Es muy fácil de explicar. Perseguido únicamente por cuatro soldados que le habían visto abrir la puerta de la escalera secreta, había muerto sucesivamente á tres retrocediendo ante ellos, y cuando llamaba á Paquita, cuando su herida empezaba á manar sangre con abundancia, su último adversario se escapó.

Persuadido de que la esposa de Monserrat habiendo conseguido romper los lazos que la ataban á la columna, había vuelto al pozo del asesinato, Gomez se dirigió allí. Pe-

ro el paso se habia obstruido por las piedras de las bóvedas que se habían hundido. Como un vigoroso atleta llegó á abrirse paso entre las ruinas y, oh sorpresa! al llegar al pozo no encontró allí ni á Paquita ni el cadáver de don Esteban. Debilitado por su pérdida de sangre, permaneció largo tiempo inmóvil; luego, despues de haberse vendado la herida con su pañuelo, trató de continuar sus pesquisas; pero en el momento en que iba á ponerlo en práctica, hundióse otra bóveda que le impidió volver al mausoleo. Entonces, tomando la resolucion de terminar sus temores y su inquietud subió fuera del pozo valiéndose de los mismos medios que se valió para bajar á él Pedro, como ya lo hemos dicho anteriormente; vióse pues al aire libre.

Ningun enemigo se presentó á su vista: arrastrándose sin ser visto hasta la casa vecina, encontró allí algunas provisiones. Arreglóse allí un escondrijo y vivió como un reptil entre las piedras de los escombros. Su herida fué poco á poco cicatrizándose durante los dos dias: en el tercero, se hallaba

ya casi enteramente restablecido. El órden sucedió á la confusion y á los estragos: Gomez, saliendo entonces de Tarragona, se reunió con sus amigos los contrabandistas.

Volvamos á hablar de Pedro.

No ocupándose mas que de su querida, apenas notó las figuras siniestras que llenaban la sala de la posada. Sin embargo, aquellas risas diabólicas que resonaban á su alrededor llamaron su atencion, y dejándose llevar de una verdadera inquietud, empezó á temer alguna horrible trama.

Despues de haber dado algunas órdenes á la posadera, volvió á la habitacion donde habia dejado á Paquita. Esta le contó aterrada cuanto habia visto y oido; la pobre muchacha se creia perdida sin ninguna esperanza de salvacion.

—No, Paquita, dijo Pedro con aire tranquilo, Dios no nos abandonará. Ten valor y esperanza, Paquita. No estamos ya acostumbrados á los contratiempos?

En aquel instante, Crámen la criada de la posada, entró para preparar la mesa. Echó una mirada de tristeza á los dos jóvenes

como si simpatizara secretamente con ellos, como si les tuviera compasion. En su fisonomia se leia su inquietud y el interés que se tomaba por ellos; al ver sus pasos inciertos y sus gestos medio significativos, fácil era conocer que tenia deseo de hablar; pero el miedo se lo impedia. Paquita tomando maquinalmente su cesta, se dirigió á la puerta como para salir.

—En nombre de Dios, no salga Vd! le dijo la criada en voz baja y precipitadamente; la posada está rodeada de bandidos.

—Ya lo sé, respondió la huérfana: y á quién amenazan?

—A Vd. y á él.

—Qué le hemos hecho?

—Lo ignoro. Sus proyectos son abominables.

—Contra nosotros?

—Sin misericordia.

—Y no hay ningun medio de salvacion? preguntó Pedro.

—Uno solo, pero deben Vds. tener paciencia durante un cuarto de hora.

Los desposados de la Muerte. — T. I. 7

—Qué esperas?

—La procesion.

—La procesion?

—Si señor. Van á llegar los peregrinos y yo correré á encontrarles.

—Para qué?

—Haré que pasen por aquí con sus pendones...

—Y despues?

—Calle Vd.

La posadera abria la puerta en aquel mismo instante; frunció las cejas mirando á Carmen y con aire imperioso la mandó salir.

—No están Vds. comiendo aun? dijo á los fugitivos con tono irónico; yo creía que se estaban Vds. muriendo de hambre.

—Yo hambre, patrona, dijo Pedro fingiendo estar de buen humor. Un artista nunca tiene hambre. Yo no tengo mas hambre que el de la gloria, ni mas sed que la sed de la melodia. Yo no quiero mas que sol y flores, aire y libertad! Puedo asegurar á Vd. que vivo únicamente de la poesia y del amor.

—Sin embargo, alimentos son algo insuficientes, contestó Mariana; unos parroquianos como Vds., no serian muy bien recibidos en las posadas. A proposito, ha llegado Vd. aquí á tiempo: tengo una infinidad de huéspedes que desean mucho oírle á Vd. cantar.

—A mí?.....

—Es Vd. muy nombrado por aquí.

—Se lo han encargado á Vd?

—Si. No tiene Vd. aquí su guitarra?

—Nunca se separa de mí, ó nunca me separo de ella.

—Los que desean oírle á Vd. son personas que acostumbran pagar bien.

—No lo dudo; me bastará con poder agradar á Vd.

—Es Vd. muy cortés y muy galán.

—Sé sentir y admirar. Mire Vd., yo no quiero que esos señores me paguen. Solo cantaré para agradar á Vd. y satisfacer sus deseos. Permitame Vd. únicamente y por pago de mi trabajo....

—Qué?

—Estrécharle la mano, y recibir de us

ted una mirada tierna y una sonrisa.

Pedro cojió su guitarra y echándose hácia atras sus rubios cabellos, descubrió su ancha y hermosa frente. Nunca su rostro habia estado tan animado, tan gracioso, tan atractivo. El brillo de sus ojos, la blancura de sus dientes y la elegancia de su cuerpo admiraron á la pérfida posadera; era inteligente en materia de buenos mozos, y siempre los habia apreciado.

El jóven no tenia mas que un objeto; ganar tiempo. Mariana inmóvil é indecisa olvidaba las intrucciones que habia recibido, ó por mejor decir; retardaba cuanto le era posible ejecutarlas. Desgraciadamente, la hermosura de Paquita atrajo repentinamente sus miradas.

— Es su señora de Vd. esta jóven? preguntó á Pedro con un acento lleno de celos, de dureza y de cólera.

— No, respondió Pedro, es mi hermana.

— No lo hubiera yo creído.

— Por qué?

— Porque parece que le está tragando á Vd. con sus miradas. No me parece este

el modo de mirar de una hermana. Ya ve Vd. no empezaré ahora á conocerlo. No acabo ahora de salir al mundo.

—No hará mucho tiempo que lo verificó Vd., respondió Pedro con galanteria.

—Vaya que es Vd. adulator! Diga Vd., y por qué tiembla asi?

—Tiene frio.

—Luego la calentaremos, respondió Mariana con aire sombrío. Oye Vd. esos gritos? Me estan llamando. Vamos, sigame Vd.

El jóven la obedeció.

Al pasar junto á Paquita la dijo en voz baja:

—Esperanza y valor, Paquita.

Fué recibido en la sala donde le esperaban los bandidos de Gomez, con un aplauso prolongado: asi coronaron á la victima antes de sacrificarla.

Pedro, con la guitarra en la mano, se adelantó con paso firme y seguro. Sentóse en un banco. Formóse á su alrededor un gran círculo. Cantó con voz sonora el mismo cantabil que lo salvó en el aposento de

su tío, su canto favorito, cambiando siempre los versos.

El pirata en su navio,
blandiendo el desnudo acero,
un tributo verdadero
paga siempre al vencedor;
allí cantan sus proezas
que al bravo el valor admira...
pero yo al son de mi lira
canto glorias al amor.

Resonó un aplauso general y tres veces le hicieron repetir su improvisación; el elogio fué general.

Mariana, en pie delante de él, parecía batallar con la más profunda inquietud. Una sola fisonomía permanecía impasible entre todas; era la del jefe de los bandidos. Cuanto más el amante de Paquita admiraba á su auditorio, más le aborrecía. Necesitaba verter su sangre.

De repente la criada de la posada se precipitó en la sala. Estaba cansada y apenas podía hablar.

—Salgan Vds., exclamó, salgan Vds. y veran qué magnífico es!

—Qué? preguntó Gomez con impaciente cólera.

—Es la santa cofradia de la virgen, respondió Cármen. Vuelve de la capilla de Nuestra Señora de los Marineros que tantos milagros ha hecho. Detrás de los monjes de San Juan sigue una procesion de peregrinos. La cofradia de las jóvenes lleva desplegados todos sus pendones blancos. Delante van los curas, la cruz y la música; detrás los enauos y los gigantes. Es el espectáculo mas soberbio que he visto en mi vida. Parece el paraiso que pasa por aquí.

—Vamos á verlo! exclamaron los bandidos.

Y salieron de la posada.

En vano hizo Gomez todos los esfuerzos para detenerlos. Una ceremonia religiosa es para los bandidos un espectáculo al cual nunca dejan de asistir. En su vida criminal van mezcladas las infamias y las oraciones; es un compuesto del cielo é in-

fierno. En el momento en que van á asesinar á un hombre, se arrodillan ante una procesion. El desarreglo es el atractivo de su vida disipada; los crimines tienen para ellos cierto atractivo, y sin embargo, se ecsaltan ante una imágen de paz y mansedumbre. Encienden á un mismo tiempo una antorcha dedicada á iluminar el altar de Satanás, y un cirio que alumbrar el altar del Señor; vociferan ante Satanás, y ruegan en alta voz á la Virgen.

El viento agitaba los santos oriflamos dorados por los rayos del sol. Los niños de coro, precediendo el cortejo, cubrian el suelo de flores. Nubes de incienso flotaban al rededor de los pendones de púrpura y azul. Del centro de aquella esfera perfumada se elevaba un coro de voces angelicales, acompañadas de diversos instrumentos formando melodiosos acordes. El dia era hermoso y parecia sonreir á aquel magnífico espectáculo.

Los piratas, prosternados ante los ministros del Todo-Poderoso, habian olvidado enteramente á Pedro y á su querida. Gomez

estaba furioso; pero ante una muchedumbre entusiasmada por una solemnidad piadosa y enteramente entregada á la fé, hubiérase guardado muy bien de murmurar, porque le hubiera acusado de sacrilego y hubiera corrido inmensos peligros.

Los fugitivos, animados por una mirada que les habia dirigido la criada de la posada, se juntaron á la procesion. Mariana les vió salir y escaparse sin oponerse á su salida y quizás hasta con satisfaccion. Paquita se reunió con las jóvenes, Pedro se mezcló entre los músicos que acompañaban los himnos sagrados; entrambos libres y salvados, de entre una fila de bandidos pasaron bajo la salvaguardia del Señor.

Poco tardó á oscurecer: la procesion dejó el camino de Reus y se internó en la campiña. Los peregrinos que la acompañaban fueron disminuyéndose poco á poco. Cada uno volvió á su casa. La oscuridad se estendia por la llanura. La huérfana y su compañero no dudaban que Gomez y sus bandidos les seguian de lejos y que acechaban una ocasion favorable para caer so-

bre ellos, ocasion que no estaba lejos quizás. Qué hacian los fugitivos? Esperar que la oscuridad les favoreciera para ocultarlos á sus pesquisas.

Cerca del camino habia una casa habitada por mucha gente y que les ponía al abrigo del ataque de los ladrones. Pedro y Paquita se dirigieron allí. Al traves de las sombras abrieron una puerta oculta entre unos árboles y sin hacer el menor ruido penetraron en la casa. Estarán bajo un protector abrigo? Sí, ya estan salvados.

Se acercan á uno de los criados y le preguntan si el amo de la casa consentiría en darles hospitalidad por una noche. Tomándolos por unos aventureros, el criado meneaba la cabeza dándoles á conocer que no; pero luego, observando sus fisonomias y notando su aire distinguido, los introduce en la casa.

Aquella casa de campo llamada de Marsenas era muy grande y de hermosa apariencia; estaba flanqueada por cuatro torrecillas al estilo árabe rodeada de establos, graneros y patios. Su posicion era muy pin-

toresca y tolo respiraba allí la opulencia.

Pedro y Paquita subieron una larga escalera, entraron en un vestibulo, y de allí penetraron en un gran salon. Ningun lujo habia allí, pero todo estaba bien arreglado.

El criado, antes de anunciar á su amo la llegada de nuestros dos jóvenes, creyó sin duda necesario dirijirles las siguientes preguntas:

—Son Vds. de la provincia?

—Sí, de Reus.

—De donde vienen Vds?

—De Tarragona.

—*De Tarragona?* repitió el criado con un aire de profunda tristeza; no deben ustedes hablar al amo de esta ciudad.

—Por qué?

—Porque allí ha perdido toda su familia, de modo que está continuamente llorando. Está enfermo de peligro segun dice el médico de Canonja, que es el mejor de estos alrededores. Yo temo que acabará nuestro amo por morirse de tristeza.

—Hace mucho tiempo que habita en esta casa?

—No. Pertenece á un tío suyo que ha perecido en el asalto de Tarragona y nuestro amo acaba de heredarla. Cuando lo he dejado estaba devorado por una fuerte calentura y no sé si podrán Vds. verlo.

—Dígale Vd. que hemos escapado á los horrores que se han cometido en Tarragona y que imploramos su socorro. Debe ser compasivo, puesto que es desgraciado.

—Oh! es el mejor de los hombres, no piensa mas que en hacer bien, así es que es muy querido en el pais; voy á pasarle el aviso de que estan Vds. aqui.

El criado pasó al cuarto de su amo y los dos fugitivos quedaron solos.

—Paquita, dijo Pedro con alegría, nuestros males han tocado ya á su fin, y gracias á Dios nuestra barca ha llegado á puerto.

—Lo crees así? yo no me atrevo aun á creerlo; la tempestad ha sido harto terrible para que se haya disipado ya. Gomez no está lejos.

—Qué importa! El órden y la tranquilidad se restablecerán; ya no hay guerra por ahora: ya no estamos en estado de sitio y

volverá la ley á restablecerse tambien; entonces los bandidos deberán pensar en salvarse.

—Ves tú nuestro horizonte despejado?

—Si, con tal que seas mía. Separados uno de otro, ya no habria para nosotros felicidad ninguna. Yo no sé qué camino te hará seguir; pero por todas partes donde iremos juntos reinará el gozo y la confianza, el placer y la felicidad. Sean cuales fueren los obstáculos que se interpongan en nuestro camino, no dejaré que la flor perezca entre las yerbas. Te apoyarás en mi, Paquita; yo cantaré y tu rogarás al Señor; entrambos tendremos fé y esperanza.

—Y dónde iremos á parar?

—Levantaremos nuestra tienda por todas partes donde la sombra nos convide. Donde creemos el lugar peligroso, no nos detendremos. Pasaremos libres como el pájaro viajero en el desierto y en la ciudad, con la primavera del amor, sin tocar casi en la tierra y tendidas las alas hacia los cielos; todos los enamorados envidiarán nuestra dicha.

—Pero no tenemos dinero ni fortuna.

—Qué importa la fortuna! La mejor fortuna es la pureza del alma. Sea cual fuera el lugar que se habite y la posición que se ocupe, siempre se es feliz donde hay amor.

Paquita sonreía al escuchar á Pedro. La imaginación alegre y exaltada de su amante, la arrastraba consigo hasta las regiones del entusiasmo y del sentimiento. Donde Pedro hacía brotar sus poéticas inspiraciones desaparecía toda nube sombría. Con él y cerca de él nada era triste, estrecho y frío; todo era espacio, luz y fuego.

—Mañana, dijo el poeta artista, iré al amanecer á la iglesia cuyo campanario domina los árboles que rodean esta casa, y allí encontraré un eclesiástico. Me postraré á sus pies y le contaré nuestras desgracias y nuestra posición. Yo te prometo que él se apresurará á darnos una segunda bendición nupcial. No estamos ya desposados?

—Ay! *los desposados de la muerte!* respondió la huérfana suspirando. Es un apodo que ninguna felicidad nos augura.

El criado volvió diciéndoles con aire alegre.

—Mi amo me encarga obsequiar á Vds. con buena mesa y buena cama.

—Podremos darle las gracias? preguntó el jóven.

—No esta noche; está recostado sobre su cama, pálido, débil y sufriendo mucho.

—Se acuesta quizás á estas horas?

—No. No se ha desnudado aun. Le he dicho que tenia Vd. una guitarra y creo que le causaria un verdadero placer oírle á Vd. tocar; podria oírlo desde su cuarto.

—Mucho quisiera poder serle útil en algo, contestó Pedro arreglando la guitarra. Qué cantaré?

—Lo que Vd. quiera.

Pedro escogió una cancion que gustaba mucho á las jóvenes de Reus y la que preferia Paquita antes de casarse con Monserrat.

Hermósa pastora mia
porqué asi de mi te alejas?
escucha mis tiernas quejas
oye mis cantos de amor.

Corresponde cariñosa
al que sin cesar te implora,
correspóndele, pastora
y da fin á su dolor.

Abrióse estrepitosamente la puerta. El propietario de Marsena, á pesar de su estado de sufrimiento se lanzó fuera de su aposento. Habia reconocido la voz de Pedro y se presentó ante los dos amantes medio fuera éi. Dios mio! qué grito lanzaron á la vez, Paquita y Pedro! qué grito tan terrible!

—Monserrat!

No, no era una vision, era el marido de Paquita. Era él, escapado de su tumba y presentándose ante su esposa. Ay! ha oido la exclamacion dolorosa de la huérfana y ha leído en su primera mirada. El desgraciado retrocede; Pedro se oculta el rostro entre las manos; los tres se sienten heridos por el mismo rayo.

Paquita la primera vuelve en sí; lanza un nuevo grito.

—Esteban!

Corre á él; se arroja á sus brazos y la

estrecha contra su corazon. El deber ahoga en su corazon todos los demás sentimientos; no ve mas que á su marido. Sus ojos vierten lágrimas, pero no son lágrimas culpables. Lee en la fisonomia de Monserrat cuanto ha sufrido durante su separacion; está pálido y tiene los ojos hundidos; sus cabellos han encanecido; tiene un brazo roto y parece que en aquel corto tiempo diez años han cruzado sobre su existencia. El alma tierna de Paquita no puede soportar su vista sin estremecerse dolorosamente. Conoce que desde aquel momento su mision es ser el ángel consolador de aquel á quien la suerte ha perseguido tan cruelmente y casi por su causa solamente: comprende que no pudiendo entregarle el verdadero amor de una amante, le debe al menos el dulce afecto de una esposa. Se arrodilla á los pies de Monserrat.

—Soy yo, soy Paquita! esclama. No me das en este momento de dicha una sola prueba de cariño?

—No, respondió Monserrat levantándola
Los desposados de la Muerte.—T. I. 8

y echándola una mirada de amor y desconfianza; en este momento no pueden pronunciar mis labios una sola palabra. Y aun cuando pudiera, me atrevería? Momentos de dicha, has dicho! De modo que el grito que has lanzado á mi vista, podré creer que no ha sido un grito de dolor! Oh! ven, ven! mis ideas se confunden... La dicha! Repítemelo, Paquita! Dime, soy feliz! te creeré porque tengo necesidad de creerte: ay! sufro horriblemente. Devuélveme por compasion la dicha de aquellos últimos dias... No durará mucho tiempo, amiga, lo conozco! Mas tarde serás feliz, si, verdaderamente feliz! Llorá, llorá! Yo te lo permito. Pero déjame entregado á mis ilusiones; déjame vivir con la esperanza! Ya lo ves, estoy delirando! Oh! tantos golpes en tan corto tiempo.. Moriré; pero dime que me amas!

Nunca Monserrat habia pronunciado palabras tan tiernas y apasionadas. Cayó medio desmayado en una silla. Paquita, entregada á él enteramente, comprendió toda la estension de sus deberes, y su reconocimiento dominó su amor. Tenia

el rostro de ángel y solo le faltaba su naturaleza.

Pedro, solo, olvidado y separado de ellos, no hacia ningun movimiento. Apoyado en su guitarra, contemplaba aquella escena con aire melancólico y conternado; de repente rompióse una cuerda de su instrumento que dejó escapar cierto gemido lastimero.

—Este jóven es Pedro Valls? dijo Monserrat con aire abatido.

—Sí, y mi hermano de desgracia, respondió Paquita con voz firme.

—Tu hermano! repitió Monserrat. Me lo juras?

—Delante de Dios mismo.

—La frente de Esteban se serenó. Conoce á su esposa. Si hubiese cometido una falta no la hubiera acompañado con el perjurio. Tomó su mano y la estrechó contra sus labios.

—Qué veo! exclamó, no tiene ya mi anillo nupcial; le has cambiado por otro.

—El y yo, respondió solemnemente la huérfana, hemos sido los desposados de la

muerte. Estábamos en un subterráneo fúnebre, delante de un ataúd y allí creimos que la eternidad iba á reunirnos: cambiamos nuestros anillos. Devuélvame Vd. el mio, Pedro.

—Tómelo Vd., exclamó el infortunado jóven.

Y se rompió otra cuerda de la guitarra, Se oyó un nuevo sonido lúgubre y plañidero.

—Dos adioses! murmuró el jóven con voz apagada. Iba á salir, Paquita le detuvo.

—Cómo, se marcha Vd. ya, Pedro? Luego volviéndose hácia Monserrat:

—Me ha salvado la vida y le echarás?

—No, repuso Esteban. Pero crees que debe permanecer?

—Ni puedo ni debo, exclamó Pedro. Y se alejó con paso firme.

Paquita no le detuvo ya. Se arrojó en los brazos de su marido como para ocultar su dolor.

—Ah! se dijo Monserrat, conozco que hubiera debido morir.

VI.

Las ruinas de Torenos.

Como habia presumido Paquita estando en el mausoleo del subterráneo, el implacable Gomez, al salir del pozo donde habia creído morir, cumplió su juramento. De un pistoletazo tendió á Monserrat sobre aquella especie de tumba, llena ya de humo, de donde arrancaba á la huérfana. Gomez creyó haber muerto á su rival.

El cielo lo dispuso de otro modo. Don Esteban habia recibido la herida en el brazo. Cayó exánime, pero luego volvió en sí. Asi como en ciertas circunstancias poca cosa basta para matar á un hombre, en otras

nada es suficiente para causar su muerte. Monserrat, bañado en su sangre, medio ahogado por el humo y amenazado por una lluvia de fuego, permaneció durante muchas horas privado de sentidos. El incendio no se extendió y el humo se disipó poco á poco; su mujer estaba en poder de su asesino; el hundimiento de las bóvedas no le permitía ya seguir sus huellas. Su brazo le causaba agudos dolores; sufría una fuerte calentura, y torturado moral y físicamente, se revolcaba por el suelo, frenético; la muerte no acudió á su llamamiento.

Un sueño letárgico, un aniquilamiento completo le arrancó durante un largo espacio á su espantoso suplicio. Cuando abrió los ojos apenas se acordaba de nada. A su lado habia algunas provisiones que devoró maquinalmente; habia vino y bebió. Se apoderó de él un nuevo desfallecimiento y creyó que habia llegado su última hora; se arrodilló un momento para orar y luego tendiéndose tranquilo, creyó que ya no volvería á levantarse.

Sin embargo, volvió á despertar de su le-

targo; sintióse ya mas aliviado y trató de salir del pozo.

Tomó la cesta de las provisiones y subió poco á poco por entre el monton de los objetos medio ardiendo que llenaban el pozo. Por fin, el aire le reanimó y salió de él. Gomez poco tiempo despues hizo lo mismo.

Una nueva proteccion del Señor se ofreció á su vista. Vió sobre el patio el chacó y el capote de un soldado francés. Cómo se encontraban allí aquellos dos objetos? Qué importa, Monserrat se vistió con el uniforme abandonado; atravesó asi las calles y callejuelas de Tarragona, sin escitar la mas leve sospecha. Le tomaban por un soldado herido, por un militar enfermo; en medio del desórden general que tocaba ya á su fin, nadie reparó en él. Llegó lentamente á la puerta de la ciudad, salió y se dirigió hácia la llanura. Un nuevo milagro le salvaba.

Pocos dias despues, don Esteban era el rico propietario de la casa de campo llamada Marsenas y que acababa de heredar. Pero abatido por tantos sufrimientos, estaba medio loco. Su brazo habia quedado inutili-

zado á pesar de todos los esfuerzos del arte. Su salud se hallaba enteramente destruida como su vigor y su juventud; estando convencido de la muerte de su compañera, no tenia mas que un pensamiento, reunirse á ella en la pátria inmortal.

La huérfana de Reus, el dia despues de su nueva reunion con Monserrat, estaba instalada en su hermosa propiedad de Marsenas. Todos los elementos que pueden formar una verdadera dicha la rodeaban; tenia una posicion independiente y una fortuna bastante considerable, una casa magnífica y un marido que la queria entrañablemente; sin embargo lloraba siempre en secreto.

Don Esteban la habia contado con todos sus pormenores los hechos que mas arriba hemos explicado. Paquita por su parte nada le ocultó de cuanto habia pasado entre ella y el guitarrista desde su encuentro en el mausoleo hasta su llegada á Marsenas. Reinaba entre los dos esposos la mas grande armonía. Separábanse lo menos posible. Cambian continuamente sus atenciones y sus

pruebas de ternura. Citábanle como ejemplos del deber conyugal y envidiaban su felicidad. Engañosas apariencias de este mundo! Esteban y Paquita entregados uno á otro, no gozaban sin embargo dicha alguna.

El marido instruido por sus propios sentimientos no se dejaba engañar y leía constantemente en el pensamiento de su esposa. Sorprendía sus ahogados suspiros, suspiros dolorosos que se dirigian á Pedro; Pedro era el fondo de la existencia de Paquita. Pero en cambio dirigia á su esposo palabras tiernas; aquellas palabras eran una apariencia de lo que no sentia. Monserrat la ocultaba sus tormentos; la huérfana le ocultaba sus sufrimientos. El exterior de entrambos era la calma y la confianza; el interior era la amargura y la afliccion. De modo que podemos decir que vivian juntos; pero separados con sus deberes y sus sacrificios, con su abnegacion y con su amor.

Dolores Muñoz, á quien los horrores de la guerra no habian perseguido en su retiro de los alrededores de Vilaseca, iba de

cuando en cuando á Marsenas. Se habia alegrado infinitamente de la reunion de los dos esposos; sin embargo, su mirada penetrante se fijaba en su cuñada con cierta compasion. Jamás sus lábios dirijian una pregunta indiscreta. Nunca se pronunciaba en Marsenas el nombre de Pedro.

Hablábase mucho entonces del contrabandista de Salou. Gomez, escapado de Tarragona, habia hecho por mar algunas escursiones. Habia vuelto de su expedicion naval con presas considerables. Parecia que los franceses protegian al pirata, porque, enemigo jurado de la Gran Bretaña, procuraba desplegar contra los ingleses su aventurera intrepidez. Sin embargo, el gobierno francés habia dado orden de velarle; no se hablaba mas que de Gomez.

Una tarde de verano, Paquita, sentada sobre la verde yerba, rodeada de los segadores y junto á su marido, contemplaba la hermosa naturaleza que se desplegaba á sus ojos. A sus pies corria un arroyuelo y reflejaba en sus aguas cristalinas el azul del claro cielo. De repente llegaron á sus oidos los

sonidos lejanos de una guitarra: se estremeció y lloró.

—Sufres? le preguntó Esteban con voz alterada.

—Amigo mio, respondió la huérfana dirigiendo una mirada al rostro pálido de su marido, sería ser muy ingrata con la Providencia. No soy yo quien sufre; eres tú.

—Puedes creerlo, Paquita? No me ha concedido el cielo el mejor de los dones de la tierra? Una compañera que se interesa por mí. No poseo á la muger que he adorado?

—Y no tengo yo el mejor de los esposos?...

—Ay! respondió el marido inclinándose hácia el arroyo para mirarse en sus aguas, me miro y me veo. Ya no tengo ni hermosura ni juventud. Derramas lágrimas y me compadesces. Gracias, consuelo mio, gracias, aun cuando en amor sea la piedad la última palabra del corazon.

—Esteban!...

—No lo tomes por una reconvencion, Paquita; nada de eso; tampoco te lo echo en

cara, porque nadie es dueño de sus impresiones ni de sus movimientos. Muchas veces un solo suspiro basta para hacer traición á una existencia, y un gesto para atravesar cruelmente el corazón. A tu lado y sin que lo hayas advertido, mil veces he notado en tí todo esto. Perdóname mis observaciones, Paquita, no por eso me eres menos querida, y al contrario, te admiro. Si, te lo repito, gracias por las felieidades que me concedes, mil gracias por lo que me ocultas!

Paquita lloraba cada vez mas; guardaron entrambos un momento de silencio.

No, nada quiero ocultarte, respondió Paquita, tu me comunicarás igualmente tus penas y te estaré agradecida. Qué podemos hacer mejor?... Oh! sobre todo, no pienses jamás mientras viva que yo podria ser dichosa donde tú no estuvieras.

—Mientras, viviré, Paquita.

—Oyeme, Esteban! Es preciso que leas en el fondo de mi alma.

—Crees que debo ahora empezar á hacerlo?

—Hablemos francamente. Sé que pug-

nas interiormente con tus penas y que tu lucha te hace sufrir. Tú quisiste á Pedro antes que á mí; y qué quieres hacerle si no ha sido tuya la culpa! Yo me guardaré muy bien de acriminarte por eso... Oh! no. Esto no ha hecho mas que desarrollar en tu alma una virtud muy grande. Amame lo mejor que puedas, Paquita, yo me contentaré con la parte que me concedas de amor, y seré dichoso.

De un cerro vecino se escaparon unos cuantos acordes plañideros.

—Es la guitarra de Pedro, repuso tristemente Monserrat.

—Está Pedro por aqui?

—Así lo presumo.

—Y dónde vive?

—En Reus.

—Solo y sin fortuna, Esteban?

—No tiene fortuna ni familia; su posición no es muy agradable.

—Debiera casarse, dijo Paquita con voz temblorosa.

—Casarse! lo desearias tú?

—Me parece que sí, respondió ingenua-

mente la huérfana, porque al mismo tiempo que rogaré á Dios por su dicha, desearé que me olvide.

—Comprendes cuán desgarrador es vivir amando sin esperanza, no es verdad?

—Comprendo únicamente las delicias del hogar doméstico.

—Pues bien; si Pedro gustaba á mi hermana.....

—He tenido ya esa idea.

—Yo creo que no ama á nadie.

—No, Esteban, Dolores oculta en su corazón un amor profundo y apasionado.

—Por quién?

—No me lo ha confesado nunca; pero por ciertas espresiones que se le han escapado, creo que ama á Pedro.

—Solo á él crees digno de ser amado!

—Tu hermana es rica y Pedro nada posee.

—Sí, pero no ignoras que el amor no mira las cosas bajo este punto. No, no es ese el obstáculo.

—Cuál es, pues, amigo mio?

—Suponiendo que Pedro siguiese tus

consejos, nunca llevaria á mi hermana otros sentimientos que los que tú tienes por mí: crees tú que Dolores les aceptaria?... Su carácter es muy distinto del mio.

—Si quieres, yo se lo propondré.

—Cuando?

—Determina tú mismo el dia.

—Partamos.

Una hora despues, Esteban y Paquita, montados en una hermosa tartana, estaban andando sobre el camino que dirigia á Villaseca. La huérfana de Reus, segura de que cumplia con un deber de conciencia, estaba orgullosa de dar á su marido una prueba de su entera renuncia á una pasion culpable; buscando fuerzas en una religiosa abnegacion de sí misma, dirigia á su marido miradas triunfantes. Eran los goces del martirio!

El lugar donde vivia Dolores, se llamaba Velanés. Era un lugar construido al estilo de Italia. Colocado sobre un alegre cerro, tenia una vista magnífica, habia jardines soberbios en los que la viuda Muñoz habia gastado una suma considerable.

Luego que hubieron llegado á la casa de Dolores, Paquita pidió á su cuñada un rato de conversacion particular y declaró francamente el objeto de su visita. Dolores, profundamente conmovida estrechó la mano de Paquita.

—Generosa jóven! dijo; sé lo que pasa en lo mas profundo de tu corazon y me admira tu generosidad... Paquita, yo me siento incapaz de imitarte. Un casamiento por conveniencia no ha entrado nunca en mis cálculos; nunca renunciaré voluntariamente á aquel á quien ame.

—Al que amas?

—Déjame concluir: Los castos años de tu juventud, Paquita, han sido siempre privilegiados contra las corrupciones de la vida; tú has brotado en el mundo para ser en él un angel de virtudes y sacrificios. Yo, al contrario, desde mi niñez he rechazado siempre el yugo y las cadenas; necesitaba poder y pasiones. Mi alma es de fuego. Cuáles serán los resultados de estar dotada de una alma ardiente? Lo ignoro.

Las miradas de la viuda Muñoz despedían al hablar así una pasión ardiente; pero cuya expresión era fatal.

—No te entiendo hermana mía, dijo turbada la esposa de Monserrat. Amas á Pedro Valls, si ó no?

—No, Paquita.

—Quién, pues, reina en tu corazón?

—Gomez.

—El contrabandista?

—El mismo. Ya sé cuanto puedes decirme contra semejante pasión; pero no tratemos de definir el por qué amamos; cómo, hé aquí lo que debemos preguntarnos. Gomez es un feroz pirata; conozco su indomable carácter y su temerario valor; por su posición, por sus actos y sus principios, sigue una senda diferente de los demás hombres. Pues bien, casualmente amo en él esas excepciones. Con él se está bajo una bóveda de nubes lejos de la monotonía de esta vida, ante los peligros y la gloria, con el rayo y la tempestad. Hé aquí el régimen que me embriaga.

Los desposados de la Muerte.—T. I. 9

—Me espantas, Dolores!

—Niña, en ninguna ocasion sé finjir. Ya debes haber notado que nunca he buscado tu cariño ni tu amistad. Quieres saber por qué? Gomez te ha preferido á mí, y esa es una falta que no puedo perdonarte. En ciertos momentos he llegado hasta á aborrecerte porque te ama; sin embargo, nunca haré nada contra ti, y ya ves que soporto tranquilamente tu presencia; es verdad que el cielo me ha vengado, porque tampoco eres feliz.

—Se es dichosa cuando se cumple con su deber, respondió orgullosamente Paquita.

—Por lo menos, una se lo presume, respondió Dolores con amargura.

—De modo que rechazas mi proposicion?

—Sin duda alguna, y mucho mas desde que alimento un rayo de esperanza. Parece que Gomez quiere renunciar á tu amor. Ahora ha llegado ya á la edad de la ambicion. Comprende que debe borrar su pasado viviendo entre sus compatriotas, y

que debe tomar un rango en la sociedad. Un enlace rico y distinguido le ofrecería la consideración que le hace falta: lo conoce y reflexiona ya sobre este punto: hoy mismo, y de su parte, me han propuesto si consiento unirme á él, en cuyo caso solicitará mi mano. He prometido una respuesta pronta.

—Estás segura de que te han hablado en su nombre?

—Solo tu orgullo puede dudarlo.

—Quién se encargará de comunicarle tu resolución?

—Yo misma ire á llevársela.

—Cuándo?

—No he determinado el día.

—Dónde?

—A orillas del mar, en las ruinas de Torenos.

—Irás sola?

—Soy libre.

Paquita dejó de preguntar; se separó de su cuñada con cierto terror secreto, y habiendo subido otra vez á su tartana volvió á Marsenas.

Anochea ya. Paquita contó á su marido su conversacion con Dolores.

—Qué tienes? la preguntó Monserrat. Paquita, acababa de estremecerse.

—Amigo mio, respondió Paquita, apresura el paso de tu caballo.

—Porqué?

—Estoy algo inquieta, tengo miedo.

—Qué miras hacia este lado!

—Las ruinas de Torenos.

—Estamos lejos de ellas, Paquita. ¿Por qué lloras así?

—Porque la luna no alumbrá el camino.

—Pero le alumbrarán las estrellas.

—No: la noche será oscura. El cielo está cubierto de nubes.

—Dentro de una hora estaremos en casa.

—Quien sabe si podremos llegar. Esteban!... Oh! perdónamelo; pero te confieso que despues de los terribles sucesos de Tarragona, tengo horror á la oscuridad. Ves alguna cosa debajo de aquellas ramas?

—Nada.

—Sin embargo me ha parecido observar

allí cierta cosa que se movía, Monserrat. No me he atrevido á decírtelo cuando hemos salido de Velanés; pero me ha parecido que nos seguían cierto número de hombres cuya facha era algún tanto repugnante; entonces me imaginaba que solo la casualidad les había colocado en nuestro camino, y que habían desaparecido ya todos, pero acabo de ver que nos siguen de cerca. Temo que esos hombres hayan salido de las ruinas de Torenos. Escucha! han silbado!

—Ha sido el viento.

—Torenos es una madriguera de ladrones. Y si nos atacan, Esteban? No tienes más que un brazo para defenderte.

—Es verdad; he perdido el otro.

—Y por mí. Siempre te llevo donde está el peligro!

—Silencio. Dos ginetes llegan á galope.

—Dios mío! Es Gomez con su partida.

En efecto, Gomez seguido de una cua-

drilla de hombres armados, se aproximó á la tartana. Se colocó delante del caballo de Esteban.

—Vamos, don Esteban! exclamó en alta voz; todavía nos encontramos, *cara á cara, en un lugar desierto y lejos de los hombres*. Retrocede y sigueme.

—Infame bandido!

—Haz que cesen tus injurias, porque nada adelantas con ellas.

—Dónde quieres llevarme, miserable?

—A las ruinas de Torenos. No te resistas ó te mato.

Uno de los contrabandistas, habiéndose apoderado de las riendas del caballo segun las órdenes de Gomez, hizo dar la vuelta á la tartana y los latigazos que caian sobre el caballo, obligaron á este á tomar el galope.

La noche se ponía cada vez mas sombría. Tomaron por unos caminos estrechos, pasando bosques y precipicios llegaron á orillas del mar. Conservaba aun algunas murallas medio derruidas el an-

tigo castillo donde hicieron alto: tambien tenia puente levadizo y pórtico. Resonó por los aires una trompa de caza. Cierta número de bandidos que salian de entre las ruinas, rodeó á los prisioneros del pirata. Las ruinas y las rocas estaban iluminadas como si se hiciera allí una fiesta magnífica. Entonaron allí un canto de guerra.

La antigua fortaleza de Torenos guardaba la posicion mas pintoresca. Desde el pico donde estaba colocada, dominaba por una parte el mar y por otra un terreno salvaje.

El castillo habia sido fuerte en tiempo de los moros y del Cid; pero solo se conservaban algunas murallas medio arruinadas, puentes levadizos, galerias desiertas y habitaciones inhabitables.

Bajo las ruinas de aquella fortaleza feudal donde habian vivido los guerreros y los héroes de la edad media, solo existian ahora cavernas donde se reunian todos los piratas de la costa. Allí encerraban su botin; allí tenian depósitos de armas y allí guarda-

ban en rehenes á los infelices que caian en sus manos.

Torenos era uno de esos lugares espantosos y terribles cuyo nombre no pronunciaban jamás los aldeanos sin estremecerse. Segun ciertas tradiciones, se aparecia allí *una dama negra* de la cual se contaban las cosas mas terribles: vivia ya en tiempo de los Zegries y Abencerrages; una balada consagraba su memoria. Torenos pasaba á la vez por ser el refugio de los piratas, el laboratorio de los nigrománticos y la fábrica de los monederos falsos. Le daban en aquellos alrededores el sobrenombre de *castillo del diablo*.

Don Esteban, por órden del pirata fué separado de Paquita. Esta fué conducida á un calabozo donde la destinaron para su servicio una vieja que estaba al servicio de los contrabandistas. Brígida, antigua amiga de la madre de Gomez, habia casi criado á su amo; de manera que le queria de un modo inesplicable. Su carácter era muy áspero; el mismo Gomez se veia á veces tratado duramente por su antigua amiga. Gomez

raramente se incomodaba con ella. Acostumbrado desde su infancia á la aspereza de la vieja, obligado á escuchar sus consejos y sus impertinencias, no la hacia mas caso que á los ladridos de un perro.

El contrabandista precedia á Paquita y á Brigida, llevando una rama encendida que le servia de antorcha. Las hizo atravesar unas largas bóvedas ahumadas donde estaban sus compañeros de armas, que se estaban calentando al rededor de unos braseros cuyo fuego revolvian con la punta de sus puñales.

Unos comian, otros bebian; sus armas estaban amontonadas y apoyadas en la pared. La prisionera lanzó una mirada de terror sobre aquellos rostros siniestros que reian al verla pasar, y parecia que con sus risas daban á su gefe la enhorabuena por haber conseguido el objeto de sus deseos, pero supo aparentar tranquilidad; estaba decidida á no dejarse aterrar por el peligro. Andaba con paso firme y con gravedad.

Gomez, despues de haber entrado en las galerias, llegó á una escalera que subió rá-

pidamente. La huérfana de Reus se halló entonces sobre una plataforma estrecha que conducía á una torre. El cielo estaba cubierto de nubes. Algunas estrellas pálidas reflejaban á veces sobre sus cabezas. Hacía calor; el viento amenazaba tempestad y el mar rugía sordamente.

—Esta noche habrá ruido en el agua, dijo Brigida á la prisionera señalando el mar. En breve caerá granizo. El aire es ardiente y el trueno retumba. Tienes miedo, muchacha?

—Nunca me lo ha causado el cielo, respondió Paquita.

—Mejor, murmuró la anciana carcelera. Pero aquí estás en el castillo del Diablo, y nadie se rompe aquí los cascos pensando en lo que pasa allí arriba.

—Pero por todas partes puede pensarse en él. Nada puede encadenar nuestro pensamiento.

—Ola! ola! interrumpió la vieja riendo á carcajadas; parece que no te faltan buenos discursos. Qué lástima que no tenga mi Bi-

blija y Crucifijo para adornar tu oratorio! así podrais rechazar á los demonios.

—Calla, vieja, murmuró el pirata. Quiero que trates á esta jóven con toda clase de consideraciones, quiero la respetes, porque la amo.

—Está bien, está bien, respondió la vieja con mal humor; se la respetará... como tú. Ya sabemos lo que quiere decir eso. Toma! la amas para consolarla como has consolado à cuantas has traído aqui, para colmarlas... «con tus respetos.» No sé yo lo que acostumbras hacer! No hay que hablar mas, Gomez. Lo he visto tanto!

—Quicres cal'arte, bruja maldita? dijo el pirata empujándola violentamente.

La vieja llevaba en la mano un manajo de llaves y abrió una de las puertas de la torre y haciendo reverencia burlesca á su amo, se arrimó á la pared para dejarle pasar.

—Déjanos y márchate! dijo Gomez.

—Bien, no tengas cuidado, ya me ire;

pero te lo prevengo, esta noche augura siniestros sucesos. Se han visto luces de fuego recorrer á lo largo de las tumbas de la capilla: cuidado con la Dama negra!



VII.

La viajadora de noche.

En el cuarto donde el contrabandista habia introducido á su prisionera, habia una cama, una mesa y sillas. No se veia alli otro mueble. Una ventana gótica con barras de hierro estaba abierta en el fondo á una altura bastante regular, sobre unas rocas escarpadas cuyos pies se bañaban en el mar. Era la habitacion espaciosa y comunicaba á otros cuartos diversos no menos tristes y desmantelados. Las paredes estaban

ennegrecidas ya por los años. El aire que allí se respiraba era húmedo y helado.

Gomez dió una vuelta por el cuarto con pasos lentos; encendió una lámpara y Paquita se sentó silenciosa.

—Viene Vd. esta noche de casa de Dolores Muñoz? preguntó el pirata despues de algunos minutos de estar en el cuarto; tenia un objeto la visita?

—Si, iba á proponerla un segundo casamiento.

—Con quien?

—Con Pedro Valls.

—Poco éxito habrá tenido Vd. respondió Gomez con tono irónico; no mira ella este negocio bajo el mismo punto de vista. Su corazón y el de Vd. se parecen muy poco, y pocas probabilidades hay en favor del guitarrista. Tampoco supongo que gozará usted placer alguno al ver que ella debiera reinar en el corazón de Pedro Vall; sea Vd. franca.

—De qué me serviría?

—En efecto, de nada. No ignoro, sin

embargo, cuanto siente Vd. en el fondo de su alma.

—Hablemos de Dolores.

—Como Vd. guste. ¿Qué respuesta ha dado á la proposicion que Vd. la ha hecho?

—Que la habian hecho de parte de Gomez otra propósicion mas lisonjera.

—Una proposicion que nada afirma, señora. Quizás la persona encargada de llevarla, ha traspasado los limites de su mision. La habia encargado una indicacion indirecta y no una proposicion afirmativa. Continúe usted.

—Solo puedo añadir que Dolores ama á usted.

—Creia Vd. acaso, Paquita, que Gomez estaba condenado sobre la tierra á no inspirar jamás amor á una mujer? Gomez es el hijo mas valiente que Cataluña ha visto nacer en su seno; ni teme los hielos del polo, ni el fuego del ecuador. Gomez ha pasado victorioso sobre los mas rudos contratiempos de la vida. Nacido en las montañas, sabe, sin sentirlo, dormir bajo la estrellada bóveda del cielo, comer el pan de la mi-

seria y beber el agua de los torrentes. Sentado en el navio del pirata, sabe conquistar riquezas, coronarse la frente de laurel y ser el rey de cuantos le rodean. De vuelta á su casa, todo lo sabria sacrificar á su compañera, sabria tenderse á sus pies como un perro fiel y sumiso y decirla: Mándame porque te amo! y solo por ella viviria. Cree Vd., Paquita, que un hombre de este temple ha nacido para ser despreciado? Una paloma del valle no debiera ya temer la tempestad abrigándose bajo esta cadena de bosques; yo seria para ella un puerto, una fortuna, un mundo. Todo podria pretenderlo.

—Gomez; si la respuesta de Dolores no desecha sus ofertas...

—Sí; dijo Gomez con tono irónico; pero mañana, esta noche, dentro de un momento quizás comparecerá á mi vista. Si pero sé de antemano la respuesta que me dará: si la pido decididamente su mano, me la concederá con reconocimiento, con entusiasmo, con placer; porque ya sabe Vd. que me ama.

—Y qué piensa Vd. hacer?

—Cuando se ama, nunca sabe uno lo que se hace. Dolores, está perfectamente convencida de que solo la ambicion me obligaría á casarme con ella, que mi corazon jamás latirá por ella, que desdeño su amor y una sola vez pienso en él; no importa, á pesar de todo ella vendrá á encontrarme. Se arrojará á mis pies en vez de esperar que yo caiga á sus plantas; arrastrada por su passion se dejará llevar ciegamente por ella, sin ignorar que sus pasos la conducirán hácia un abismo: En fin, ella haria por mí lo que yo haria por Vd. Si, como yo, que para obtener á Vd., todo lo haria y no retrocederé ante el crimen para poseerla; ya sé que mis crímenes acabarán tarde ó temprano por conducirme á la horca: pero qué importa? Obtenga el triunfo y no temeré el cadalso.

—Dolores Muñoz...

—Siempre ella! Oh! pronuncie Vd. una sola palabra mas y jamás me casaré con ella. Dolores Muñoz tiene un nombre,

Los desposados de la Muerte. —T. I. 10

una fortuna y una posicion; pero el corazon de Vd... Paquita, se ha elevado sobre todas estas cosas. Oh! es es el único tesoro por el cual yo sacrificaria cuanto tengo en este mundo; mi fuerza, mi valor y mi vida.

—Gomez, yo estoy casada.

—Que importa! Mañana podrá Vd. ser viuda.

Paquita se estremeció.

En este momento se oyeron clamores al pié de la ventana. Gomez subió á la reja y miró hácia el mar: vió un farol encendido sobre las rocas de la playa; á lo lejos se veia un barco.

—Es una nueva presa, una nueva fortuna, repuso el gefe de los piratas. Mis soldados acaban de obtener un nuevo triunfo.

Luego volviéndose hácia la huérfana.

—Me llaman, dijo; esa corneta es la señal de un feliz desembarque y debo dirigirme á la costa: reflexione Vd. su posicion. Ne me fuerce Vd. á indignas violencias. Sea Vd. mi estrella de salvacion.

Adios, dentro de una hora volveré.

Paquita permaneció sola.

Abatida á la vez por los sufrimientos de su pasado y por las amenazas de su presente, se sentó en el fondo de su habitacion abandonada á su dolor. Con la cabeza apoyada en su mano parecia reflexionar; y sin embargo era tanto su dolor que nada pensaba. Sus ojos estaban secos y fijas sus miradas.

Abrióse la puerta de la prision; Brígida acompañada de un criado cargado de provisiones, se adelantó lentamente hácia ella. Su rostro repugnante no dejaba entrever la menor esperanza.

—Aquí tienes con qué cenar, la dijo. No será la cena muy espléndida que digamos, pero no puede ofrecerse mas que lo que se tiene. Pongo dos cubiertos en la mesa, muchacha, porque en la mesa y en el amor, debemos evitar la soledad.

—Yo no tengo hambre, respondió Paquita.

—Ya esperaba yo esa respuesta. Es el refran perpétuo de cuantos pájaros he

visto encerrar en esta jaula; pero al fin concluyen por comer.

El primer dia se grita y se llora; el segundo se suspira y se escucha; el tercero se come y se habla; luego, el cuarto lo hace olvidar todo. Algunas veces no se tarda tanto; efectivamente, porqué andar con melindres? tarde ó temprano debe llegarse al fin. No se muere por eso.

Paquita se levantó y volviendo la cabeza se alejó de la vieja.

—Quieres ver las dependeneias de tu aposento? repuso la vieja acercándose á ella con una lámpara en la mano. Mira! este gabinete merece que se fije en él la atencion.

—Por qué?

—Porque hay en él una puertecilla que dá á una escalera medio rota donde nadie pasa jamás; por una parte sube á la habitacion de las brujas y por la otra baja á una capilla que está llena de fantasmas; la parte baja es tan poco alegre como la parte alta. Fantasmas y brujas son dos cosas muy parecidas. Por aquí suben y bajan,

como por la escalera de Jacob.

—Donde está la puerta de la escalera?

—Allí, en el rincón.

—Está cerrada.

—Bien quisieras que te entregaran la llave de los campos! Pero es de advertir que no hay campo ni en las boardillas ni en los subterráneos, es decir, á menos que los malos espíritus ensanchen las murallas y hagan crecer yerbas en ellas. Además, la puerta está cerrada con un doble cerrojo y nadie te la abrirá como no sea el diablo.

—Salgamos! exclamó la huérfana de Reus.

—Salgamos! he aquí precisamente lo que no se puede, exclamó la vieja soltando una carcajada; al menos á ti te está vedado. Mucho menos cuando el amor se prepara para decirle. Entremos! y para el amor no hay rejas ni cerrojos. Oh! a proposito, no me es desconocida tu historia, desposada de la muerte! En otro tiempo, quien te enamoricaba era Pedro Valls. Pues bien, ahora será Luis Gomez. A cada uno su turno. Nada mas justo.

—Qué galería es esa? preguntó Paquita con voz tranquila.

Guárdate de entrar en ella! repuso la vieja con cierto terror. La sala tiene un piso lleno de aberturas; dicen que salen de allí muchas culebras; te gusta ver animales de esa especie?

—Acompañeme V., repuso la prisionera.

—No por cierto; yo me guardaré de poner un pie en la sala. Aquí se ha visto mas de una vez á la dama negra.

—Es una fantasma muy terrible?

—En otro tiempo era la castellana de la fortaleza; vivía aquí como un león en su cueva, y aquí se coronó de gloria. Desgraciadamente, según dicen, asesinó aquí á su padre y envenenó á su amante. Era un trabajo algo rudo, pero lo llevó á cabo en una misma noche; la dama negra tenía buenas manos. Resultó de eso que causó un terror inmenso á todos los habitantes de la comarca; por mi parte, esta torre me da miedo.

Paquita tomando la lámpara de la vieja que se negó á seguirla, recorrió la sala.

Era larga y espaciosa; terminaba por dos grandes ventanas enrejadas que daban al lado opuesto al mar. Esta vasta galeria tenia cerradas todas sus puertas y no ofrecia ninguna salida. La prisionera se paseó por alli y durante este tiempo, Brigada daba sus órdenes al criado para acabar de preparar la cena. Estaban preparados ya los dos cubiertos y la mesa estaba cubierta de diferentes platos.

Paquita se acercó á una de las ventanas de la galeria. Enfrente de ella, se veian las ruinas de una capilla, algunas murellas, fosos y un puente levadizo: á lo lejos rocas solitarias.

El cielo seguia amenazando tempestad; la luna, deslizándose á veces entre las nubes resplandecia por intervalos. Oh! Dios. Que súbita esperanza ha animado repentinamente el rostro de la prisionera! Por qué sus labios dan paso á una sonrisa! oye á los pies de una muralla los acordes de una guitarra. Qué refran! Pedro Valls está allí.

Mientras allá al horizonte
oigo el trueno bramador,
sentado sobre la playa
entono yo mi canción.

Está mi barca en la orilla,
y al pie de tus rejas yo.
Espera, bien mio, espera,
ten esperanza en mi amor.

La huérfana ahogó un grito de gozo. Quería asomarse á la ventana, pero las rejas se lo impidieron. Sacó un pañuelo de su bolsillo y lo arrojó al través de los hierros, alumbrados en aquel momento por los rayos de la luna. La brisa le estendió y se lo llevó. Quizás Pedro le verá caer á sus pies. Ya sabe que la esposa de Monserrat está en la torre y que oye los acordés de su guitarra. Ya ha logrado su primer objeto.

Espera, bien mio, espera! repetia el fiel trovador: luego los sonidos se alejaron y la prisionera solo pudo oir la repeticion de estas consoladoras palabras:

• • • • •
Ten esperanza en mi amor.

—Ola, muchacha! gritó la vieja á Paquita con voz aguda. Parece que te gustaria pasar la noche observando el vuelo de los murciélagos, contemplando las ruinas de la capilla desde la habitacion de la dama negra. Sin embargo no lo creo muy divertido.

—Ya voy, respondió la prisionera; soy de usted al instante.

—Mia! respondió la vieja con su acostumbrada carcajada; luego serás de otro que te gustará mas. No confundamos ni las palabras ni las cosas.

Paquita, saliendo de la galeria, entregó la lámpara á la vieja.

—Ola! exclamó la vieja examinando atentamente á la prisionera, parece que la habitacion que á todos causa miedo, á ti te ha alegrado. Acaso los mágicos del castillejo ó los espectros de la capilla te han echado algun piropo? Por vida mia, que se-

rian muy galantes. Dicen que tienen sus dias destinados á los recreos.

—Y Vd. no los ha tenido nunca en Torrenos?

—Si por cierto, y á menudo, gracias á Dios. Tenemos buenos vinos, Madera, Alicante y Jerez: de cuando en cuando llegan algunos gitanos con su música. Entonces, las panderetas, las guitarras, las flautas y las castañuelas forman una música incomparablemente hermosa; bailamos como las brujas en el sábado; cantamos, bailamos y charlamos. Nos fatigamos á fuerza de reir. A veces se arma aqui un ruido infernal.

—Es Vd. del pais, señora?

—Vaya que eres muy fina, á mi llamarme señora? Será ese un nuevo milagro debido al aire de la galeria. Ea, ea, fuera esos dengues, pues no me gustan. Yo no soy ni de Reus ni de Tarragona, ni de ningun punto de Cataluña. He nacido como mi amo Luis Gomez, en las montañas de Sierra Morena. Alli tengo una hermana posadera y en su casa se reunen todos los arrieros de Andalucia; en su casa acuden

muchas gitanas y sus tertulias han adquirido mucha nombradía. Lorenza es tuerta, pero vé mucho; jorobada, pero inteligente y no hay nadie por aquellos contornos que no la admire.

La vieja era tan habladora como mala y cuando soltaba la lengua, nada podía tenerla.

—A propósito, prosiguió, esta noche han llegado al castillo una infinidad de bailarines ambulantes que me parecen unos ladrones de primer orden. Han venido, según parece, á felicitar á nuestros valientes por su nueva presa: están al corriente de todo, y siempre andan en busca de lo que puede serles provechoso. Estoy segura que cantan ya en la sala baja alegremente, y van á beber á la salud de su reunion. Desgraciadamente yo no puedo asistir á la reunion; esta noche estoy de guardia.

—Dónde?

—Por todas partes. Debo recorrer las ruinas para observar y descansar en mi vigilancia, porque saben que tengo la vista fina. El amo me ha dicho, haz la ronda,

y por cierto no dormiré, ni el amo tampoco, y supongo que tú tampoco. Cada uno estará ocupado en su trabajo.

El contrabandista, talareando un canto báquico, abrió la puerta de la torre. Sus miradas brillaban de contento. Acababa de apurar sendos tragos con sus compañeros de armas, en regocijo de la nueva presa. Estaba medio embriagado.

—Vete! dijo á Brigida: en la sala baja hay fiesta: beben á la salud de nuestras últimas victorias. Anda á reunirte con ellos.

La vieja se retiró satisfecha.

—Paquita, dijo Gomez sentándose á la mesa donde habia algunas botellas de vino de Chipre; la fortuna me favorece. Acaba de llegar uno de mis navios cargado de un botin considerable. Soy muy rico actualmente.

—Sea enhorabuena, respondió la prisionera dando á su fisonomia la serenidad que le fue posible. Ningun caso hago yo de las riquezas. Nunca las he tenido.

—Que tengas ó no, nada me importa,

respondió el bandido. Yo no te pido mas que tu corazon. Veamos, fija tus condiciones: qué quieres de mí? cuanto quieras lo tendrás. Si supieras cuánto te amo!.. Si tal fuese tu deseo, renunciaré á mi vida de pirata, á mis costumbres guerreras. Me retiraré á la soledad, y allí harás renacer en mí todos los sentimientos de mi alma. Serás el arroyo donde beberé las dulzuras de la tranquilidad y la dicha. Me harás perder mis malas costumbres y por ti me entregaré á una vida enteramente nueva. Esta es la mision de los ángeles!

La prisionera estaba sentada al lado del pirata; guardóse muy bien de irritarle en aquel momento. Fingiendo comer, llenaba repetidas veces su vaso y no le contradecía una sola vez. El bandido creyó haberla ya conquistado.

—Durante un momento de desesperacion y aburrimiento pensè en Dolores, añadió el pirata. Fué un momento de locura; perdónamelo, Paquita. Ayer no pensaba en esa mujer y hoy la detesto.

Brigada interrumpió su conversacion; estaba alterado su rostro por la embriaguez, y su paso inseguro.

—Gomez, dijo con voz ronca, una intrépida señora que ha venido montada en un caballo y que se ha apeado sobre el puente levadizo, desea verte al instante; no ha tenido ni la oscuridad ni las ruinas, ni la tempestad; galopaba con su caballo á lo largo de las rocas como una hija de los reyes moros; esa es una visita de mal agüero.

—Has hablado con ella?

—Le he rogado me dijera su nombre y me ha contestado suavemente: soy la viajera de noche.

—Y dices que esa viajera de noche se ha apeado?

—Tan lijera como un picador, tan atrevida como un pirata.

—Dónde está.

—Con nuestros bandidos. Parece que se ha criado entre ellos. Se presenta aqui como si estuviera en su casa.

—Adivino quien es, dijo Gomez. Debe ser Dolores.

—La viuda Muñoz! exclamó la prisionera.

—Ella misma, no me equivoco. No te lo habia dicho, Paquita? Su impaciencia la arrastra à todo. Cree, arriesgandolo todo, colocarse al nivel del pirata. Presume que arriesgando los peligros de la noche y de la tempestad, adquirirá algun nuevo título á mi amor. Y burlándose de la opinion pública, abjurando unos títulos y un nombre para adquirir con eso algun prestigio se imagina que para el pirata, solo debe ser la viajera de noche. Brígida, ve á buscarla.

—Cómo! la recibirá vd. aquí?

—Basta ya con tus observaciones.

Brígida no se meneó; su alteracion admiró al contrabandista.

—Qué tienes?... la preguntó, por qué pones el rostro tan feo...? te estremeces?

—Hay de qué. En nombre del cielo, Gomez, desconfia de esa viajera de noche. Desde que ha puesto los pies bajo estas paredes, hemos tenido malos presagios; he pasado cerca de la capilla y se ha abierto allí una tumba; he oido salmodiar un càn-

tico; tendremos visiones en las ruinas.

Has bebido demasiado, respondió Gomez.

—He bebido demasiado! respondió la vieja exasperada; en todo caso tú serás quien ha bebido demasiado. Mi garganta está tan seca como ronca tu voz. Pero no importa, iré á buscar á la viajera de la noche y todo se arreglará como queráis; allá os compongais todos juntos. Vengan enhorabuena cuantas brujas y fantasmas nos rodean; oyes como retumba el trueno? Esta noche habrá fiesta en el castillo del diablo.

La vieja echó á correr: un instante despues, Dolores Muñoz, envuelta en una capa parda entró en la prision de Paquita.

Al ver á su cuñada sentada tranquilamente junto al contrabandista, Dolores retrocedió aterrada.

—Acércate, viagera de la noche, dijo Gomez sonriendo irónicamente. Hubiera querido recibirte mejor; en un lugar mas solitario; pero ya lo ves, tu puesto está tomado.

—Puede ponerse otro cubierto, respondió sardónicamente la viuda.

—De modo que has venido reventando tu caballo con el paso que llevabas, para responder por la noche á lo que te habian preguntado por la mañana. Lo siento por tu rocin.

—Oyeme. Dolores! añadió despues llenando el vaso de la viuda y completamente embriagado, eres encantadora, no te lo niego; pero has venido en mal momento, tengo otros goces á que atender: ademas seré franco contigo y te diré que no te quiero, que no me gustas. Vaya, quieres apurar un vaso? tu cólera, mis palabras y este vino deben pasar juntos en tu paladar, aun cuando debieras ahogarte. Ola, bruja de las ruinas! trae un asiento para esta señora: esta señora tiene un amor mal sentado como el agua en el estómago de un borracho.

Luego riendo á carcajadas, el pirata levantó su vaso.

—A tu vuelta á estos lugares, exclamó, honor á las pasiones desgraciadas.

—Gomez! repuso al fin Dolores con voz
Los desposados de la Muerte.—T. I. 11

lenta y grave; si he venido á Torenos, ha sido porque me han llamado.

—O te lo han hecho creer, dijo el pirata con desden; acuérdate de aquel refran que dice: la muger que al hombre busca...

Dolores retrocedió indignada.

—Creía presentarme ante un valiente y no encuentro aquí mas que un cobarde. Gomez! responder al cariño con el insulto, es una villanía. Crees haberme denigrado á tus ojos, porque te has degradado á los míos? nada de eso, tu caída me coloca á mayor altura. Iba á arriesgar por tí mi vida, mi descanso, mi dicha y quizás la salvacion de mi alma, iba á echar á la ventura mi destino en la balanza del amor, pero tú has tenido mi brazo en el momento en que se alzaba; gracias. Gomez! ya se ha cerrado el abismo y el tuyo se engrandecerá. Yo dejaré que te hundas en él. Ay de tí, Gomez, ay de tí.

Paquita se levantó y corrió hácia su cuñada. Iba á decirla algunas palabras cuando Dolores interrumpiéndola;

—Nada debes decirme, dijo añadiendo

en voz baja. Yo te salvaré.

—Aguarda un instante, reina mía, quiero hacerte una comision: encarga abajo que hagan subir á los muchachos que estan cantando, esto alegrará nuestra cena. Luego, viajera de noche, cuando haya empezado nuestro concierto, haz galopar tu caballo al compas de la música y vete y haz como las estrellas que no vuelven á aparecer.

La viuda Muñoz solo respondió con un gesto de desprecio: estrechó la mano de su cuñada y la dijo al oido.

—Hasta media noche.

Y salió precipitadamente.

Sin duda obedeció las órdenes de Gomez, porque pocos instantes despues de haber salido, se oyeron resonar muchos pasos por la escalara y el ruido de muchas voces. Eran los recién llegados que habia anunciado Brigida, la cual les acompañaba. Llevaban guitarras, panderetas, flautas y castañuelas.

—Oh! se dijo la prisionera, Pedro Valls está aqui!



IV.

La dama negra.

Los músicos ambulantes de Toremos entraron en la torre de Paquita y se arreglaron formando un círculo del mejor modo posible. El corazón de la huérfana latía con violencia. Apenas podían distinguirse los rostros de los recién llegados, porque la sala estaba mal alumbrada. Entre los trajes de los músicos, había buenos y malos, elegantes y miserables, comunes y pintorescos. Oh! Paquita distinguió entre

todos aquellos hombres á Pedro Valls. Está allí, escondido entre la muchedumbre, y sin embargo, enteramente desconocido. Tenia el pelo negro, un parche sobre un carrillo y no llevaba guitarra alguna. Una larga capa ocultaba la elegancia de su talle, y para reconocerlo bajo su disfraz era necesario el corazón de una amante.

—Vamos, gitanos, venga música! dijo el pirata.

Pedro Valls dirigió una mirada previosa al que dirigia la música: este empezó á cantar.

Bajo el muro de antiguo castillo
que castillo del Diablo se llama,
suspirando anda errante una dama;
dama negra el terror la llamó!

Si su espectro en la noche aparece
cuando el trueno espantoso retumba,
halla en él una misera tumba
el viajero que en él se hospedó.

—Vive Dios! siniestro es vuestro canto!
esclamó el contrabandista.

—Es la leyenda de este castillo, respondió Brigida con énfasis; es una leyenda de este país.

El viento soplaba con violencia y el mar rugía sordamente.

Gomez frunció las cejas y preguntó á la prisionera.

—Te gusta esta música?

—Nunca he tenido miedo á los fantasmas.

—Ni yo, respondió el pirata.

Y volviéndose hácia los cantores, con desden é indiferencia, les propuso que continuasen.

Luego, llenándose el vaso hasta el borde, no les escuchó siquiera.

La vieja escuchaba atentamente el acompañamiento armonioso de la balada; pálida é inquieta, temblaba con todo su cuerpo. Todos repetían en coro.

Si su espectro en la noche aparece
cuando el trueno espantoso retumba,
halla en él una misera tumba,
el viajero que en él se hospedó.

En aquel mismo instante, retumbó un trueno que hizo retemblar todas las paredes del antiguo castillo, é hizo estremecer á los mismos cantores. Brigida sintió erizar sus cabellos sobre se frente, y su rostro se puso cadavérico:

—Continuad! dijo el pirata.

La mirada falaz de la dama con su brillo infernal, qué no aterra? y su voz sepulcral grita; guerra! mientras brama el furioso huracan.

Blande airada una espada de fuego que dirige con mano tranquila; cuanto encuentra á su paso aniquila, sangre y muerte siguiéndola van.

Un grito horrible resonó en la sala. Brigida, helada de terror; señalaba con el dedo la sala contigua.

El viento que mujía al traves de las aberturas de las paredes y por las ventanas, acababa de abrir la puerta de enfrente; del fondo de la sala donde habia la escalera de la

capilla, pareció que se deslizaba un ropaje negro.

—La dama negra! exclamaron á la vez varias voces.

Y sucedió á esta exclamacion un espantoso silencio.

Gomez habia vuelto la cabeza por donde se habia aparecido la vision, pero nada se ofreció á su vista. La dama negra habia desaparecido.

—Sacad de aquí á esa vieja loca! dijo á los músicos con tono irónico señalando á Brígida. Con sus extravagancias hubiera sido capaz de haceros perder la voz y el valor en caso que lo tengais.

La orden fué ejecutada al instante.

—Ahora, añadió el pirata soltando una carcajada, alegrad un poco vuestra música. Acabais de cantarnos una lúgubre historia: es solemne. Pues bien, ahora bailádnosla: debe ser una cosa divertida. Del drama, pasemos al baile.

Paquita y Pedro cambiaron una mirada. Este último dió la señal á la comparsa que dirijia y se armó el baile. El aire fúnebre

y lento de la balada parecia tomar un compás mas alegre. Las pauderetas, las guitarras y las castañuelas, todo juntaban sus armonias y sus ruidos á los gritos y á las risas. El ruido era espantoso. Era el desorden de una orjia y la alegría de una baacaal. Bailaban cinco mientras otros repetian en coro:

La mirada falaz de la dama
con su brillo infernal; qué no aterra?
y su voz sepulcral grita; guerra!
mientras brama el furioso huracan.

Blande airada una espada de fuego
que dirige con mano tranquila,
cuanto encuentra á su paso aniquila
sangre y muerte singuiéndola van.

El baile formaba con el ruido del viento
y los mugidos del mar un torbellino: pa-
recia la evocacion del abismo.

—Bravo, bravo! exclamaba el pirata;
decidle á la dama negra que venga ahora...
tambien la haremos bailar.

Y se aumentaba cada vez mas el ruido.

El baile habia tomado un movimiento tan frenético y delirante que parecia arrostrar á los danzantes á pesar suyo á impulsos de un poder sobrenatural. A Gomez se le iba la cabeza. En breve, fatigado, embriagado á la vez por el ruido y por el vino, se sintió como presa de un vértigo. Su gozo degeneró en terror.

—Basta, basta!

Pero el baile continuaba siempre con la misma vivacidad, con la misma fuerza.

Gomez se sentia fascinado... De repente una mano desconocida se apoderó de la única lámpara que alumbraba aquel baile horrible; la soplaron con tanta suavidad que pareció que el viento la habia apagado y todo quedó en la mas profunda oscuridad. Los cantos y el baile seguian siempre el mismo compás. Pareciase aquel ruido que se eleva de las tinieblas, al retembler lejano del trueno: era una orgia de fantasmas.

Gomez se levantó furioso: desnudó su puñal lanzando furiosas amenazas: luego tomando la mano de su prisionera como

temiendo que se le escapase en medio del ruido y de la confusion, fué á la ventana de la torre y llamó á grandes voces á sus compañeros de armas. Oyeron desde abajo la voz de su gefe. Los bandidos, provistos de antorchas, subieron precipitadamente y cesó el baile infernal.

—Sacad de aqui á estos miserables! dijo el pirata temblando de rabia; son unos traidores ó unos locos.

La mayor parte habia salido ya.

El contrabandista se serenó; pero con mucho trabajo podia borrar de su imaginacion la escena anterior. Le parecia de tal modo inesplicable, que no sabia qué pensar de ella y creia que habia sido debido á algun poder sobrenatural. Por la primera vez se sintió dominado por ideas supersticiosas y aun cuando las rechazaba, no podia disiparlas enteramente.

La prisionera, durante este tiempo, buscaba al guitarrista. Este habia desaparecido en el momento en que la lámpara se habia apagado, y no volvió á verle, cuando

los bandidos de Torenos entraron con las antorchas. Pedro fué sin duda quien organizó el canto y el baile; él habrá sido también quien apagó la lámpara. La huérfana presumía que Pedro tenía un plan al arreglar todas aquellas cosas estrañas. Pero por qué había sido uno de los primeros que habían desaparecido... Paquita, aunque llena de confianza, se sentía cruelmente agitada.

Gomez, vuelto ya en sí de su estupor, despidió á sus compañeros y les encargó doble vigilancia: quedóse al fin solo con su prisionera.

—Paquita, dijo el contrabandista cuya embriaguez se había casi enteramente disipado con las singulares emociones de la noche, quiero una decision. Ya te lo he dicho; poseo actualmente la fortuna suficiente para asegurar una suerte feliz á la mujer que una su existencia á la mia. Gomez el temible, está á tus pies temblando. El, que jamás ha doblado la rodilla ante mortal alguno, se postra á tus pies; mírale! En efecto, el bandido se había arrodilla-

do y juntaba las manos en ademán suplicante.

—Vas á responderme aun que estás casada, dijo á su juez y victima; pero Monserrat está en mi poder; pronuncia una sola palabra, y luego estarás libre.

—Gomez! replicó Paquita con resolucion; jamás perteneceré á un asesino.

—Pues bien, continuó el bandido, yo dejaré vivir á Monserrat. En cambio, deja conmigo la España y sígueme á Francia, á Italia ó Grecia. Nadie nos conocerá. Todo el mundo nos creerá casados y nada turbará nuestra dicha y nuestro reposo. Determinate, Paquita, ó si no, en vez de ser mi dueña, serás mi esclava. Está en tu mano la eleccion, decidete y acuérdate de que yo no he nacido para permanecer mucho tiempo de rodillas.

El acento apasionado del pirata, estaba lleno de amenazas y ternura.

—Antes que amanezca, sabrá Vd. mi resolucion, respondió la prisionera. Hágame Vd, un favor hasta entouces.

—Cuál? te lo concedo anticipadamente.

—Quisiera ver á Esteban, aun cuando fuera para dirigirle mi último adios.

La fisonomía del pirata brillaba de satisfacción; jamás la huérfana habia hablado con tanta dulzura; jamás sus miradas habian sido tan hermosas y brillantes; Gomez se entregó á la mas lisonjera esperanza.

—Un último adios, sea así, respondió. Pero tu entrevista con Esteban, solo será de medio hora, te lo prevengo. Observa á Monserrat y compárale conmigo; él no tiene mas que un soplo de vida, y yo tengo un volcan en mis venas. El está débil y mutilado; yo tengo completas mis fuerzas y está entero mi corazón. No dudes por mas tiempo, adios.

El pirata salió de la Torre, cerró cuidadosamente la puerta, y paquita le oyó alejarse.

Se acercó á la aventana para dirigir al cielo sus miradas y sus oraciones.

La tempestad mugia aun.

—Paquita! murmuró una voz.

Era la voz de su salvador y salia de la sala vecina.

—Pedro!.... exclamó la jóven dirigiéndose hácia donde estaba el guitarrista. Oh! cierta cosa me anunciaba que Dios me tomaba bajo su égida; ya sabia yo que tú velabas por mí.

—No me habeis llamado acaso? él enseñando el pañuelo blanco que ella le habia arrojado desde la ventana. Ya estamos reunidos!

—Pero siempre envueltos en el peligro.

—Si, pero juntos, Paquita. El peligro; es el elemento preciso á nuestras ecsisten-
cias para juntarse y estrechar mas los la-
zos que las unen. Vengan pues los peligros,
rodéennos sin cesar y que nunca nos abandonen.

El guitarrista, arrojando entonces su disfraz estrechaba á Paquita contra su cora-
zon con la ingenuidad de un corazon que to-
do lo olvida menos el amor, y se siente ca-
paz de todo menos de hacer mal.

—Pedro, preguntó la prisionera, cómo has sabido que estaba en estas ruinas?

—Crees acaso que he dejado de verte un solo momento.... Crees que yo no te seguia

sin cesar?... No me veías, pero te seguía. Estaba á tu lado, sufriendo, desgraciado y oculto. Algunas veces te he visto llorar: oh! esas lágrimas me consolaban, Paquita, porque yo sabía que las derramabas por mí. Pero el tiempo pasa y he venido aquí para salvarte. Sigüeme.

—Hácia donde.

—Hácia la escalera de la capilla.

—La puerta está cerrada por fuera.

—Está abierta ya.

—Quién la ha abierto, Pedro?

—La dama negra.

—Un fantasma!

—Dolores!

—Yo he sido quien la ha hecho venir á Torenos explicándola el nuevo atentado de Gomez; yo he sido quien ha reunido todos esos cantores y danzantes cuya adhesión por mí me era bien conocida; yo he sido quien en el puerto de Salou se ha procurado una barca para arrancarte de estas ruinas. Ven; Paquita el cielo nos socorre.

El guitarrista la arrastraba hácia la escalera.

—No, exclamó de repente la prisionera; no quiora partir sin Monserrat. Olvidas acaso que soy su esposa?

—Ay! barto lo sé. Su hermana está aquí para sarvarle y protegerle; ella está encargada de velar por él y arrancarle á su prision. Lo mas esencial es tu salvacion.

—No, lo mas esencial es mi deber; cuando una hermana, se interesa por un hermano, sabria sacrificarse una mujer por su esposo? déjame, esperaré á Monserrat.

—Paquita, quieres perderte?

—No importa, quiero quedarme.

—Si Monserrat estuviera aquí, él mismo te aconsejaria que me siguieras.

—Le estoy aguardando. Gomez ha ido por él; huiem s juntos los tres...

—Cada momento es un siglo.

—Es inútil cuanto me digas. Debo confesártelo, Pedro. Yo te amo, si te amo y ya lo sabes tu mismo. Pues bien, Pedro precisamente porque te amo, quiero pue mi deber de esposa sofoque mis deseos de amante. Mi inclinacion, me arrastra hácia ti

Los desposados de la Muerte. —T. I. 12

mi deber me impone hacercarme á él. Pues bien, puesto que Monserrat se halla tambien aqui, no quiero huir sola contigo.

—Oh! alma verdaderamente noble! exclamó Pedro entusiasmado. Eres el angel santo del amor. Para salvarnos á todos, tus alas valen mas que un escudo. Dirigeme y seguiré tus consejos.

El inclinó la cabeza aguardando las órdenes de Paquita.

—Te acuerdas del espantoso subterráneo de Tarragona? preguntó esta.

—Espantoso no, Paquita. Aquella existencia en medio de las tumbas y de las tinieblas la he echado de menos muchas veces; como ya te lo decia entonces, estábamos enteramente abandonados el uno al otro y desposados...

—Pero desposados de la muerte!

—No dejaba por eso de ser sagrado el mundo que nos unia; yo tenia entonces tu anillo, Paquita.

—Pedro, yo conservo aun el tuyo y hubiera debido devolvértelo.

—Pero yo no le hubiera aceptado.

—Pedro, tú estas libre.

Cuánta abnegacion, ternura y amor encerraban las palabras de entrambos? El poeta y la prisionera olvidaban la hora que era, su triste posicion y el lugar donde se hallaban. Héroses nacidos para luchar con su triste destino, no podian combatir el amor que dominaba en sus corazones.

—Amigo mio, dijo la huérfana, va á llegar el pirata acompañado de don Esteban; retírate hasta que aquel nos haya dejado. Torenos está lleno de bandidos; no espongas imprudentemente tu vida.

—Mi vida! Tengo otra acaso que la tuya?

—Entra en la sala donde te has refugiado despues de haber apagado la lámpara, luego que Gomez habrá salido de la torre, huiremos juntos con Monserrat. Sí, Pedro, debemos salvarnos los tres.

—Los tres! repitió el guitarrista exhalando un profundo suspiro. Oh! Paquita! Al mismo tiempo que me das tus órdenes, que son para mi sagradas, dame tambien tu grandeza de alma.

—La necesitas acaso?.... oh! ya no te

amaria siendo así.

Se oyó un ruido lejano.

—Gomez y Monserrat llegan! dijo la huérfana.

Pedro pasó á la sala contigua. Esteban entró acompañado del pirata, y los dos esposos volvieron á verse.

—Acuérdate de tus últimas palabras, dijo el pirata á la prisionera. Te concedo media hora de entrevista con tu marido. Volveré á media noche.

—Pues bien, á media noche mi resolución estará tomada.

Paquita no se arrojó á los brazos de su marido. El pirata creyó advertir en su prisionera cierta secreta satisfacción que le hizo presagiar una felicidad cercana, y se alejó lleno de ilusiones.

La puerta se cerró con doble llave. Gomez hizo entretanto una ronda exterior; solo se oían los silbidos del viento.

—Esteban? dijo Paquita en voz baja acercándose á su marido, Dios no nos ha abandonado aun y escaparemos á esos bandidos.



—Cómo? es imposible!

—No lo dudes.

—Quién nos prestará socorro?

La fisonomía de Monserrat se alteró visiblemente. Su corazón latía con una fuerza extraordinaria.

—Pedro Valls! repitió. De qué manera?

—Está aquí.

—Le has visto?

—Ahora mismo y en este mismo lugar.

—Le has hablado?

—Sí.

Pedro abriendo la puerta de la sala se presentó ante ellos.

—Corramos! dijo, ya es tiempo; he tomado todas las precauciones. En este momento los cantores entretienen á los bandidos en la sala baja del castillo: y algunos de los gitanos les están explicando su buenaventura. La noche está oscura y tempestuosa. Encontraremos desiertos los cuerpos de guardia y libre el paso. Vengan Vds.; mi barca está ya en la playa.

—Qué tiempo tan espantoso para em-

barcarse! respondió Esteban con aire sombrío.

—No hay mas que este medio de salvacion, repuso Pedro. Todos los caminos estan guardados por los bandidos de Torrenos. Ademas el tiempo cambiará dentro de poco. No haremos mas que bordear la costa; el puerto de Tarragona está cerca de aquí. Mi barca contiene ya dos vigorosos remeros; uno de ellos es el sargento Matarin, que con el permiso de sus gefes vino á pasar dos dias conmigo. Tengan Vds. valor, prudencia y actividad.

—Todo está previsto, Monserrat! dijo Paquita á media voz.

—Y todo calculado, Paquita. Que te salves pues! Marchemos.

—Debieras haber dicho, sálvenos pues.

—Toma su brazo.

—No, cuando puedo apoyarme en el tuyo.

—No tengo mas que uno.

—Razon es esa que me asegura su fuerza.

—Tratas de sostenerme?

—Al contrario, puesto que necesito apoyarme en tí.

Y Paquita se arrimaba cuanto podia á su marido. No pensaba mas que en él, y sin embargo Monserrat estaba pensativo y triste. Despues de su evasion no seria á él á quien daria las gracias por que no era él quien salvaba á su esposa.

Pedro habia vuelto á tomar su disfraz, se habia puesto otra vez el parehe y cubierto con su capa larga. Llevaba su linterna sorda: llegaron á la puerta de la escalera que bajaba á las ruinas de la capilla. La salida estaba abierta y el paso no ofrecia peligro alguno. Pedro observaba á Monserrat y leia en su fisonomia los sufrimientos de su alma y simpatizaba con su infortunio.

—Don Esteban, dijo mientras alumbraba la escalera, no soy yo precisamente quien salva á Vds.; yo no soy mas que el instrumento que mas ha cooperado al buen éxito. Quien lo ha hecho todo ha sido su hermana de Vd.

—Mi hermana! exclamó Monserrat estre-

meciéndose de gozo. Se lo habia dicho Vd. á mi esposa?

—Si, dijo la huérfana de Reus.

Entonces, murmurò Esteban, por qué has hablado solo de Pedro.

Los tres fugitivos estaban ya al pié de las paredes de la capilla donde soplaba un viento furioso. No conservaban las ventanas del edificio ningun vidrio. Una parte de las columnas del antiguo edificio se habia desmoronado. Las arcadas principales no existian ya, ó solo presentaban algunos restos de cimbra que amenazaban ruína. Las yerbas y espinas crecian en medio del átrio sagrado y los pies resbalaban contra las piedras de las tumbas que estaban esparcidas á derecha é izquierda. Las bóvedas ya no existian, ya no existian las armaduras, todo ofrecia, destruccion y escombros. Era una verdadera morada de fantasmas.

El cielo estaba cubierto de espesas nubes. Por la parte del Oeste se oia resonar el trueno y el mar mugia á poca distancia. De cuando en cuando los rayos con sus fuegos

rojos iluminaban las almenadas murallas del antiguo castillo, y entonces Torenos, con sus escombros, sus capiteles rotos y sus arcos hundidos, levantábase del centro de la tempestad como un edificio fantástico, rodeado de espectros.

Pedro se detuvo al pié de las ruinas de una portada.

—Descansen Vds. un momento, dijo á Monserrat y á su esposa: yo me adelantaré para asegurarme de que nada se opone á nuestra fuga; no nos aventuremos imprudentemente. Debe haber un centinela á lo largo de esa muralla de enfrente; es preciso asegurarse de ello. Confío que no estará en su garita.

Ademas, debo prevenir á los gitanos el camino que tomaremos para que ayuden nuestro fuga. Espérenme Vds., pronto estaré de vuelta.

—Cómo! vamos á quedarnos solos! respondió la prisionera alarmada.

—Silencio! dijo Esteban. Ocultemos nuestra linterna, oigo pasos. Alguien se acerca.

—Es Brigida.

La vieja, según las órdenes que la había dado su amo, hacia la ronda del castillo para asegurarse de que nada alarmante ocurría que pudiera infundirles temor. Dirigíase á la capilla llevando una antorcha, á cuya claridad era fácil distinguir la palidez de su rostro.

Su paso era inseguro.

—Tiéndanse Vds. á lo largo de las tumbas! dijo Pedro en voz baja á Monserrat. Guarden Vds. el mas profundo silencio.

Los tres se ocultaron detras de unas ramas. Brigida se adelantaba con pasos lentos: los pájaros de las ruinas revoloteando á su alrededor silbaban siniestramente, y el viento agitando las hojas de pámpano á lo largo de los arcos, hacian un ruido singular.

La vieja hizo la señal de la cruz.

En aquel mismo instante se oyó el estampido de un trueno horroroso que repitieron los ecos lejanos. El suelo tembló y cayó una piedra de la bóveda haciendo un ruido terrible. La piedra se rompió sobre un asperon; uno de sus pedazos hirió á Paquita y levantando la lámpara del lugar donde

Esteban la habia colocado, descubrió la luz. Paquita lanzó un grito de terror.

—Una luz... aqui!... exclamó la vieja.

Y aterrada no se atrevió á dar un paso mas. Parecia que sus pies estaban pegados al suelo.

—De alli se ha escapado un gemido, dijo con voz ininteligible y señalando el lugar donde estaban los tres fugitivos. Quizás nos venden.

Y se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—A las armas! centinelas, á las armas!

Los fugitivos se estremecieron. De repente, enfrente de ellos y de en medio de las yerbas, como si saliera de entre los sepulcros, se levantó una figura negra sin forma y sin rostro, pero colosal y amenazadora. El fulgor de un rayo la hizo brillar en medio de la oscuridad y el viento tendiendo el sombrío ropaje que la envolvía, formó una especie de bandera gigantesca: esta bandera caminando entre las sombras parecia un catafalco animado. Brígida cayó de rodillas.

—La Dama negra! exclamó.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

...habla hablas...
 ...largo en...
 ...Unos...
 ...Y...
 ...Fuerza...
 ...De...
 ...con...
 ...tanto...
 ...se...
 ...a...
 ...Los...
 ...te...
 ...Fuerza...
 ...mas...
 ...y...
 ...El...
 ...de...
 ...sunt...
 ...espe...
 ...ta...
 ...c...



